CUENTISTAS JOVENES DE CENTROAMERICA Y PANAMA

CUENTISTAS JOVENES DE CENTRO AMERICA Y PANAMA

Están incluidos en este libro dos ganadores de cada uno de los países de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Panamá del Concurso ESSO de Cuentistas Jóvenes de 1966.

Publicado por
ESSO Standard Oil, S. A., Ltd.

INDICE

La Compañía Esso Standard Oil, S. A. Ltd. ha lanzado una iniciativa que debe merecer el agradecimiento de todos los circulos culturales de América: el Concurso de Cuentistas Jóvenes de América Central y Panamá, cuyas bases han sido ampliamente difundidas en estos países.

Como Secretario General de la Organización de los Estados Americanos, institución hondamente interesada en la cultura de América, aplaudo con entusiasmo esta interesante iniciativa.

Se ha dicho con frecuencia, que el aislamiento es más bien la regla que la excepción en las relaciones entre nuestros países. Durante la colonia, el aislamiento fue casi completo. A partir de la Independencia se inició un movimiento en sentido contrario, por parte de individuos, de gobiernos y de instituciones. Desgraciadamente, la norma --el aislamiento-- continúa todavía siendo una realidad, aunque no con el mismo absolutismo de antes. Por esa razón, todos los esfuerzos tendientes a terminar el *statu quo,* substituyendo gradualmente la norma por la excepción -- a saber, la separación por el acercamiento --, son dignos del mayor encomio.

Hoy en día apasiona el tema de la integración: integración económica, integración racial, integración cultural. El concepto me parece excelente, pues implica que las

partes deben estar armonizadas en un todo, en vez de constituir entidades dispersas y antagónicas. En efecto, integración es un término más específico y concreto y, por lo tanto, menos avasallador que unificación, pues este último podría dar la idea de una absorción monolítica de las partes en el todo. En realidad --y ello puede parecer una contradicción, pero no lo es--, la integración cultural ha sido siempre un hecho: la separación y la ignorancia se han debido en todos los casos a una falta de conocimiento. En otras palabras, por medio de la cultura siempre hemos estado integrados y unidos, puesto que la cultura es una e indivisible; pero por la falta de conocimiento-- siempre hemos estado separados y aislados. La integración en el mundo del espíritu sólo se consumará cuando conocimiento y cultura se complementen, es decir, cuando haya un pleno conocimiento de la idea de que la cultura de América es una e indivisible.

De ahí, la importancia y, más aún, la trascendencia de todas las actividades que se dirijan a ecuacionar los dos elementos citados: la cultura y el conocimiento, tales como publicaciones, congresos, concursos, servicios de información y asesoramiento; en suma, todas las formas y vehículos de la promoción y difusión culturales.

En el caso del Concurso de Cuentistas Jóvenes, los beneficios son por demás obvios. No me refiero a los aspectos materiales del certamen --sin duda, también importantes-- sino a sus consecuencias culturales.

Centroamérica ha representado siempre un papel sobresaliente en la historia del Continente. En el Istmo de Panamá se originó nuestro Sistema Interamericano en 1826. Sus próceres, sus historiadores, sus poetas, sus escritores, sus pensadores han dado rumbos y orientaciones a la cultura hemisférica. Bastaría mencionar a Rubén Darío y a Francisco Gavidia, dos de las figuras cumbres de América, ambos hijos de esa privilegiada región geográfico-cultural. El cuento centroamericano se destaca, en la literatura hispanoamericana, con modalidades y características propias.

Esta colección de los diez cuentos seleccionados contribuirá a que sus autores sean conocidos fuera de las fronteras patrias, en los demás países de América Latina y también en los Estados Unidos. En esa forma, el certamen lanzará también un nuevo puente entre nuestras naciones, lo que habrá de contribuir, sin duda, a que crezca el conocimiento y disminuya la ignorancia. Este aspecto interamericano del concurso es de la mayor trascendencia, pues vivimos en una época en que se trata por todos los medios de intensificar las relaciones y establecer nuevos vínculos entre nuestros pueblos. Otra consecuencia no menos importante es que muchos de los jóvenes escritores que participaron en esta justa intelectual habrán de destacarse en el género y continuarán, así, la obra de cuentistas máximos de Centroamerica y Panamá, como Magón, Carmen Lyra, Salarrué, Miguel Angel Asturias, Froilán Turcios, Rubén Darío y Ricardo Miró, que demostraron, con sus incomparables creaciones literarias, que la región está dentro del Continente y que el Continente está dentro del Universo y que, en suma, América es una e indivisible como parte de la Humanidad.

José A. Mora
Secretario General de la
Organización de Estados Americanos.

Cuento

Edgardo Carrillo Fernández
Guatemala

Siempre vivió de lo mismo. Vendía su gran facilidad de lágrimas. Comerciaba con eso, con su llanto. Transitaba las veredas del barrio a cualquier hora. Los vecinos la veían pasar, ligera y silenciosa, como volando a raz, toda de negro. Antes de salir, se envolvía en su manto con movimiento de alas. Sobresalía de su todo, el rostro ceroso, sin edad y en éste, la nariz afilada y ganchuda.

Siempre vivió allí, en ese barrio del barranco almácigo de miseria, donde las aguas negras corren a flor de tierra fertilizando el luto. Casas desnutridas de abrigo a las inclemencias del tiempo. Paredes descarnadas de argamasa, mostrando a trechos su esqueleto vegetal de bajareque. Barracas a fuerza de cartón y latas; arrodilladas, agónicas, con las entrañas de fuera. Cuchitriles. En verano polvazón y sed; a tres centavos la tinaja de agua, distante cinco o siete cuadras. En invierno el diluvio; fiada la muerte y a veinte llantos y sonrisa.

Allí, las comadres, que tenían por honra santiguarse y por placer ferocidades en la lengua; las que sabían des-

enredar la madeja de las sangres, de cada habitante del lugar; las que hacían correr tanta mentira por el barrio, poquito a poco; primero a gotas, después en chorritos venenosos. Víboras creciendo en el afeminado calor del cuchicheo. Las mismas que sabían tanta dolorosa verdad, columpiada en sonrisas de notable silencio; las sabedoras de vidas y milagros. De ella nó. Nada sabían. Ni tan siquiera cuándo o cómo apareció en el barrio. Todas la saludaban siempre. Algo distantes, algo sonrientes, disimuladamente inquisitivas. Temerosas como ante un augurio.

Vivía de la muerte. De llorar a los muertos ajenos. Cobraba por ser el portavoz del dolor de los vivos. Sabía hacerlo. Siempre había alguien buscando sus servicios. Los ojos le brotaban profusión de llanto, o lágrimas discretas. Su voz se oía amarga o resignada. Sus gestos pregonaban la histeria o el total conformismo. Era un inagotable vertedero humano.

Las mentes infantiles del barrio, habían esculpido la estampa intemporal y misteriosa, en sus frescas conciencias. Intuían su presencia.

Arrullando sus grotescas muñecas de trapo, las niñas desgreñadas resolvían problemas maternales, pronunciando a media voz, el índice derecho amenazante y los ojos enormes:

Tilín, tilín...
Se está poniendo el manto.
Tilín, tilín...
Ya voy llegando,
Dame mi nalga y te doy tu guacal...

Los niños de honda y capirucho, camisa y pantalón parchados; que midiendo habilidades en sus juegos, se encontraban con ella, interrumpían su infantil embelezo, y le cedían el paso silenciosos. Alguna vez, audaces, la mente poblada de duendes y fantasmas, se atrevían a rondar la casa de ella, "la quirina". La que según decires, vertía lágrimas heladas como sudor de muerto.

Un día, madrugando ya, alguien la vió venir con un niño en los brazos bajo el manto negro. Desde entonces le conocieron otra voz. Esa distinta voz conque arrullaba:

Dormite mi niño,
que tengo que hacer,
lavar tus pañales,
sentarme a coser.
A la rru rru niño
dormite mi amor...
Cuando tienen hambre,
cuando tienen frío...

Desde entonces también, las hilanderas de murmurios, acústico veneno destilado en chorritos, se sirvieron con la cuchara grande de su imaginación. Durante varios días, fué y vino el suceso por el interminable camino de las lenguas. El barrio entero se dió a fiscalizar sus movimientos. Poco a poco, la fueron sintiendo más cercana, un tanto alejada del misterio. El temor a su fúnebre estampa agorera, iba borrándose de las conciencias a través de los días.

Fué un tiempo de cuaresma. Precisamente miércoles de ceniza. Un sol macizo, penetrante, castigaba el ambiente. Por sobre toda superficie reberberaba el aire, que se impregnaba con los vahos agrios del barranco. El grupo de patojos descalzos y caretos, con el vientre pelado, sudorosos, descendía. Iban alegres. El calor sofocante los hacía buscar el caudal grande, el gran resumidero al fondo mismo del barranco; olvidar prevenciones y amenazas y chapalear entre las aguas negras.

La noticia subió por los breñales con premura de angustia, hasta alcanzar las primeras viviendas; allí, fue una explosión de gritos y lamentos. Carreras, insultos, tropezones. Histeria colectiva .

Cuando ella llegó, había un círculo de gentes, que empujándose con insistencia curioseaban y rodeaban el pequeño. La dejaron pasar en profundo silencio. Los otros

niños, temerosos, se escudaban en las faldas maternas. Ella lo vió, horizontal. Ventrudo. Sucio de lodo negro. Tieso. El ángulo visual se le estrechó. Sudario sobre el niño muerto. Los rostros compungidos buscaban en el de ella movimientos, curioseaban gestos. Cien pares de ojos estaban prendidos a sus ojos.

Sintió las córneas porosas, secas, resquebrajadas, como de cal y yeso. La mirada ida, vacía, carente de toda sensación acuosa.

Más tarde, las campanas de la iglesia y el reloj, casualizaron en la hora:

Do, blan...
Do, blan...
Do, blan...

Caminaba con pasos de tractor sobre petróleo. Por las calles como entre catacumbas.

De pié, se santiguó frente al panteón. En la cara se le reflejaba el ánimo; tirante, tenso. Cuero de tamborón.

Esa noche, en todo el barrio del barranco, se escuchó un silencio sospechoso. Y desde entonces no se dan a oir los muertos.

Se ha visto sí, una silueta ligera y silenciosa como volando a raz, llegarse al fondo mismo del barranco, al caudal grande, al gran resumidero, mojar un manto entre las aguas negras, y luego, exprimir exorcismos sobre el barrio.

Juan Negro

Dina del Carmen Rodas Jerez
Guatemala

Siempre caminaba por las calles del pueblo.... Siempre salía por las noches... Siempre con la mirada dura... Siempre, siempre, siempre.

Así era Juan. ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde vino? ¿Cuántos años tenía? Nadie lo supo. Las más ancianitas del pueblo, la señora Chencha, la niña Juanita, la niña Maruca; toditas decían haberlo conocido así, desde que entraron a la escuela.

Juan Sholco decían unos, por faltarle tres dientes. Juan Cuto decían otros porque no tenía una mano. Juan Negro le decían los patojitos del pueblo, pues tenía todo el color de las noches de invierno.

San Bernardino era un pueblecito de la costa. Decía la gente que cuando era la fiesta, todos los brujos se volvían güines para ir a robar pollos y venderlos. ¡Tantas cosas que decía la gente! Así era la gente y así era con Juan.

¡Allí va Juan! ¿A dónde irá Juan?

Pero si Juan volvía la cara, todo el mundo callaba y bajaba la vista.

¡Es que ese Juan si que daba miedo! Era alto, recio, moreno casi negro, con los ojos como cerezas, según dicen en la noche le chispeaban.

Juan tenía su mujer. Chayo se llamaba y según la niña Maruca, Juan se la había ganado con malhechos. Talvez sí, porque a la Chayo le andaban rascando el ala, montón de muchachos, y de repente, sin decir un ¡Jesús! se juntó con Juan.

Su nana no quería, su tata tampoco, ni su hermano y así por así, lo quisieron todos a un tiempo. ¡Arrecho el Juan, todo lo conseguía!

Vivía con la Chayo en un ranchito de hoja de sal; lejos, lejos del pueblo, cerca de una ceiba y cerca también de unos cercos de Cojom.

En las noches salía Juan y cuando salía, los chuchos aullaban en toda la orilla del camino, los grillos se callaban, los tecolotes y las lechuzas azotaban el aire con sus plumas. La luna se escondía y el aire empujaba las puertas de los ranchos. Juan caminaba y caminaba. ¿Hasta dónde iba Juan? ¿Qué iba a hacer? Ni la Chayo lo sabía. Así era Juan.

Era un día viernes, del mes de mayo. El almanaque Lancasco, decía que iba a haber eclipse, pero en los ranchos de hoja de sal nadie lo sabía.

El reloj del juzgado ya había dado las nueve de la noche, los indios estaban dormidos, porque ellos saben que la noche es mala. Peor los días viernes

Sólo Juan andaba en el camino, con su machete en la vaina, con su brazo cuto en la camisa.

Iba por la vuelta de la ceiba de regreso a su casa. Iba bravo, Juan iba bravo porque últimamente se le habían perdido sus animales del patio, muy cerquita de su casa. Eso no podía quedarse así. ¿Quién le iba a robar a Juan y quedarse vivo?

La Chayo le había dicho:

—Tené cuidado Juan. Esos animales los robó el Cadejo. Es que ya no quiere que vivás cerca de su ceiba. Yo oí anoche sus pasitos envueltos en tusa, que se iban despacio, despacio. El es malo, es el amo del terreno y de la ceiba. ¡Vámonos Juan! ¡Vámonos! Yo tengo mucho miedo

¡Já! ¡Já! ¡Já! Que risa le había dado a Juan. Cómo iba a tener miedo él, él que se volvía chucho, que se volvía güin, que se volvía coche. El que tenía sus piedras encantadas y sus plumas de zopilote. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

Eso iba pensando Juan. Ojalá se le apareciera el Cadejo. Se iba a volver chucho y como el Cadejo es un chucho, iban a estar iguales. El lo iba a matar y le llevaría a la Chayo las patas envueltas en tusas.

Entonces sí que no tendría miedo la Chayo.

La luna se fue ocultando poco a poco, conforme el eclipse se iba desarrollando. “Eclipse total, visible para América etc.” decía el almanaque de don Lencho, el dueño de la botica.

¿Quién? ¿Dónde? Nadie lo sabe. Algún bolo, de los que salen de noche o algún enamorado, vió el eclipse. Uno fué, pero luego, luego, lo supieron todos.

Los indios salían de sus ranchos, sonando botes, las viejas les pegaban a los niños, unos tocaban caracoles, los patojos gritaban: “¡Sol, soltá a mi noya!” y lloraban y gritaban.

Era una bulla enorme. En un momento la noche tan silenciosa se había convertido en una algarabía. Todo era gritos y más gritos. Después poco a poco, la luna volvió a iluminar con su gran sonrisa los campos de maíz y la gente volvió a dormirse. En sus tapescos unos, en sus petates otros y algunos, los menos, en sus camas.

El viento frío azotó de nuevo los ranchos, las lechuzas latiguearon el viento con sus plumas, los sapos abandonaron su “¡lero!, ¡lero!”, los grillos se callaron.

Pasó la noche y comenzó el sol a derramar su miel de oro sobre los campos. Los gallos dejaron oir su “kikiriquí”.

El pueblo comenzó a despertar. Las flores se bañaban en rocío para ofrecer su rostro limpio al cielo.

En San Bernardino madrugan. Allí la gente despierta a los gallos, dice la señora Chencha.

La Chayo despertó en su tapesco. ¡Juan no había llegado! Tanto que ella se lo había dicho, ¡Ay Juan! ¿Cuándo le haría caso a la Chayo?

Se levantó, se fué al río, se bañó en las cristalinas aguas y peinó su largo torrente de pelo negro. Las gotitas rebeldes que se quedaron en su cuerpo, le daban destellos luminosos. Se vistió, se colocó el corte y la blusa y se fue para el rancho.

—¡Huy que es eso! dijo la Chayo.

En el corral estaban los animales que se habían robado. ¡Pobre la Chayo! Se asustó mucho, cogió su paño, cerró el rancho y se fué para con su tata.

En el camino, cerca de la vuelta de la ceiba, vió un chucho negro muerto.

La Chayo no se fijó mucho. ¡Se morían tantos chuchos! —La autoridad debiera recogerlos dijo la Chayo. Pero nada más.

Siguió caminando en sus pasitos cortos y se perdió en el camino. Seguramente ya nunca regresaría al rancho.

El pobre chucho se quedó en el camino viendo a los que pasaban, con sus ojos muertos.

¡No vió nada! ¡Nadie pasó! ¡Nadie!¡ ¡Nadie! ¡Nadie!

Si hubiera pasado alguno, hubiera visto y hubiera dicho: —¡Matar a un animal así, qué pecado.....un chucho negro, sin dientes y sin una mano........qué pecado!

Ciego Mar

José Napoleón Rodríguez Ruiz
El Salvador

Su ansiedad y el mar inmenso que vagaba por la noche. Atrás quedaban las palabras, los amaneceres del domingo, la risa. Silencio detenido, O tal vez el acecho, una persecución más... los bambúes y el viento hacia los ojos eran de repente la enemistad del mundo. De vez en cuando caía, empujado por el cansancio y la desesperación, y se arrastraba un trecho sobre sus manos blancuzcas y las rodillas martirizadas. Como si todo él fuese tan sólo una extraña intención de morder las dunas de la playa. Entonces el universo se reducía a las vecindades doblemente oscuras de su pecho. De su viejo y amado pecho por donde ahora penetraba el dolor y el mar. Hasta que de pronto, un charco de agua salada y arenosa se metía en sus heridas.

La gente dice que las playas son tibias y blandas. Somnolientas. Pero hubo alguien que habló de las mil caras de las cosas.

Para él que llevaba en la piel, sobre los huesos, como grandes espinas en los ojos, dos días sin dormir, sin detenerse casi, la playa era un túnel de sobrecogimientos,

una inmensa plaza de obsidiana muerta. La proximidad del mar, lo que el mar significaba para él, había sido la única esperanza que lo impulsara a seguir, a dar un paso más y otro y otro.

Pero hoy el mar estaba ahí: al alcance de la mano, gigantesco como el destino. Rugiente y frío. Pero solo. Oscuro y solo. El mar, la playa. Nadie le esperaba. La sed, la sed. la sed, la sed y el mar.

Erguíase al escuchar el ladrido de los perros. Jadeaba con dolor para su garganta seca y lacerada. Corría unos metros. Y le venían unos deseos enormes de gritar. De gritarlo todo, los árboles, el mar, el cielo... entonces aullaba o gemía. Esa era su voz. Pequeña y espantosa: aire malingrado en escamas de saliva, que partía de su corazón, en pugna contra el otro aire, contra el infinito y poderoso que danzaba en grandes olas solemnes a partir de los labios: el inacabable y eterno, lleno de sal y de troncos retorcidos, blancuzcos, rebozados de la noche. Y los perros que ladraban demasiado.

La sed. La sangre. Su dulce y salada sangre que olían los perros de lejos como una invitación a lamer y desgarrar. Por donde se metía el agua hasta los huesos blancos como cirios, hasta los nervios que sonaban como una guitarra filosa.

No bebas. Se te inflamará la lengua. Tu garganta arderá como una tea. Has caído. ¿Por qué no sigues caminando sobre el agua? Sobre este río azul y bueno que no te hace arder las heridas. Es agua mulsa y suave, llena de mil sabores. Igual que la de un cántaro joven. Bebe. Anda bebe. Espera, no seas tonto. No bebas. Es el mar. Se le inflamará la lengua. Tu garganta arderá como una tea. Saladares que se incrustan en los ríos. ¡No bebas!

¿Cómo es posible? El lodo tiene un sabor amargo: se prueba con los pies, con la planta de los pies que al principio es tierra, suave como la piel de una gran flor y luego se vuelve áspera, pegada como un árbol rugoso a la arena caliente. Se la prueba y tiene sabor amargo. Por eso duele

la pierna y se quiebran los huesos y se mete el mar dormido en las heridas. El lodo de la arena. El lodo de la sed. Se puede cabalgar a los cerdos y disputarse con ellos un pétalo que sobresale. En signo de paz se convierten las yeguas que van a beber agua en los umbrales de los ríos. Ahí surge entonces un mar, delgado y lleno de alas frescas que tiembla sobre el cuerpo con sabor a brisa y a bambúes. Imbécil: se te inflamará la lengua o te volverás ciego. Ya es demasiado tarde.

Y el ladrido de los perros apagaba sus voces. Juan, el niño loco, quizo huir del castillo en un barco de vela que pintó en la pared con firmes trazos rojo y azules, pero lo capturaron. Sin embargo, muchos otros barcos aparecieron pintados en las paredes y muchos otros presos quisieron huir en ellos. Quienes lo intentaron fueron capturados también. El pintó, cerca de la fuente, un árbol de almendros que crecía como un dios indígena, llameante y verdecido en las últimas arenas de la playa infinita. Entre sus ramas se enredaba el mar todas las mañanas. Como los guardianes creyeron que había pintado el árbol para huir o esconderse en él, encerraron el árbol en una celda oscura y pestilente. Pero el mal ejemplo cundía en el castillo. Por ello compraron los perros, los ágiles perros cuyos ladridos apagaban las voces....

Deja ya de huir. Te cansas mortalmente y sientes más sed. Allá tendrás por lo menos el suelo fresco para dormir y todas las mañanas la diana para despertar. Y agua. Toda el agua que tu pudieres desear. Deja ya de huir. Es inútil, los perros te morderán. Les gusta hundir los colmillos en la carne. Tocar los huesos, pero eso no importa. Toda el agua que tu quieras. Posiblemente te llevarán también al hospital y tendrás una buena cama entre el olor a fenol y a ropa almidonada.

— ¿Y a usted donde lo agarraron?
— En un árbol de almendro.
— ¿Por qué huyó?

— Todos huímos.
— Este hospital si que apesta.
— Hay muchos enfermos.
— La hermana de la Caridad ha tomado un baño.
— En el mar.
— No, en cloroformo.
— Y en éter.
— Me duele el yeso.
— A ese le cortaron el brazo...

Ese era él, con su brazo cortado, no del todo, los perros no tuvieron tiempo para más. Mejor seguir huyendo. Beber de los saladares para inflamar la lengua, para que arda la garganta. Su altiva garganta que pronunciara un día palabras dulces y agresivas...

Como si fuese un milagro empezó a llover recio, un bello y bronco chubasco tropical.

(Qué hermosa es la lluvia; desde la primera lluvia del mundo, la lluvia sigue siendo hermosa. Una doncella que se entrega cada vez por vez primera al amor. Una cierva que muerde el musgo al pie de los grandes árboles. Como algo que amanece aún en la oscuridad.) Cuanto amaba sus largas clorofilas. Bebía, intentaba echarse de espaldas sobre la arena con la boca abierta. Para que las grandes gotas resaltaran en su garganta y en su pecho. Sus heridas le dolían menos. De pronto la vida era nuevas fuerzas para huir, para desnudarse y separar la tela de los coágulos, para no odiar el mar. Y el placer repentino de respirar la lluvia hasta llorar. Pero después... Después de nuevo el cansancio. Otra vez el mar. El oleaje fuerte ensordecía hasta volverse premonizador de nuevo. El cansancio puro. El que no dependía solo de la sed. Las caídas.

¿Por qué hacen burla de mi gemido? ¿Acaso no hago bien mi papel y acaso no es el peor papel siempre el más duro? ¿Acaso no soy el que huye, el perseguido, el héroe? ¿Porque entonces el mar...? Acaso no corro con todas mis fuerzas, con toda mi extenuación y ellos ríen... uno grita: el mar desparrama un manojo de lirios en la playa. Otro dice: dentro del temblor de las hojas oigo tu sonrisa... y los perros ladrando.

Volvió a caer. Dió con la cabeza sobre una roca. Sintió la sangre que corría lenta. Rabia. Se irguió. Corrió unos cincuenta metros. Despacio, muy despacio, se fué doblando sobre las rodillas. Alzó los brazos y empezó a llorar. Entonces la vió, por un instante nada más, porque después se desmayó...

Ya no se estremecen los relojes primitivos, ni la arena cae, tibia, sobre la piel rugosa de los hombres. Ya no se abren los sepulcros en las noches de luna, ni salen los muertos a comer el maíz crudo, el cacao y la mascada de tabaco. Ya no deja caer su flor el espectro del amate para que se desprenda la lengua de los mudos. Ya nadie golpea con sus largos senos la piedra de los ríos para asustar a los viejos caminantes. Ya no siembran los indios desnudos ni dejan su semen en la arada. No suenan los volcanes, ni el buho trota sobre los pumas negros...

Te persiguen los crepúsculos. Tu madre gritaba: llegó la hora de dormir. Tu llorabas. Te asomabas a la ventana para oir al viejo brujo hablar de los sepulcros, del amate, y de los muertos...

Sentías un miedo intenso. El estanque poseía un sabor a cementerio, a cipreses, a tormenta. De repente los vejucos, los eucaliptos, la hierba, todo, hasta las flores apagadas, se volvían abismo, precipicio, agua ensombrecida.

Seguías llorando. Gozabas con llorar. Te oprimías los pechos con la mano. Y un calofrío te sacudía el cuerpo.

Un atardecer, después de muchos meses, sentiste deseos de ir a ver el crepúsculo en el estanque. Se acercaba la estación lluviosa y los ocasos adquirían una belleza especial. El cielo teñía de un rojo sangre el horizonte, y se desvanecía hacia las colinas, hacia las copas de los árboles y aun entre las hojas regadas por el suelo, en un suave encarnado. Caía la noche y el encanto desaparecía de golpe.

Te acercaste con miedo al agua. Cerraste los ojos hasta que el sol estaba a punto de ocultarse y los abriste de pronto.

— Fué una noche bien la recuerdo,
Era un anochecer cual el de ahora,
Y en otra tarde igual, la nube aquella
rojiza, que descansaba en alta cumbre
de Eigher, también entonces descansaba
tan igual que parece ser la misma.
Fue una noche, bien la recuerdo....

— ¡Tienes razón! —gritaste— eso sentí yo. No puedo olvidarlo. No puedo olvidarlo. El crepúsculo se hundía en el estanque, separaba las aguas, para teñir mis pupilas de un color lila mortecino. Y yo gemía. Mis padres creyeron que había enloquecido. Por eso me encuentro aquí, por eso te conocí....

— ¿Nadamos?

Eran las llamaradas blancas de la noche. Los amates bogaban sobre el río. A lo lejos oraban los brujos con grandes puros en la boca, allá en la montaña, de los cafetales.

Te desnudaste, antes que tu amiga. Luego, desde el agua, dijiste:

— ¿Te gusta mucho ese poema?

— Mi madre me lo enseñó...

— Vamos, no seas friolenta, échate a nadar.. ¡No me canso de repetirlo! ¡Qué lindas caderas tienes! en cambio yo, flaca...

— No seas tonta.... apártate que allá voy...

— ¡Que feo es ser huérfano!

— ¿Por qué feo?

— Bueno, pues... porque no se tienen los padres.

— Amigos, enemigos, padres...¡Ay! Me he espinado.

— A veces pienso que no puedes amar...

— Posiblemente...

— Deliciosa el agua. Es hermoso bañarse así, en el silencio de la noche, totalmente desnudo, con la piel pegada al agua

y la luna.... lunas así no tienen ustedes en Alemania ¿verdad?

— En todas partes hay lunas hermosas, aun en Alemania...

— ¿Odias Alemania?

— No odio a nadie.

— Pero no amas, y de cierta forma no amar es odiar;

— Podría ser;

— ¿Nunca amaste a tu padre?

El rostro de tu amiga se contrajo. Nadó un poco antes de contestar.

— No sé. Algunas veces creo que sí, pero otras: es que él como buen alemán amaba a la muerte, y yo, en cambio, como toda buena niña, amaba la vida...

A lo lejos aulló un coyote. Salieron del agua.

— Que bien hemos pasado las vacaciones;

— Sabes mañana vamos al mar...

— ¿Me tienes cariño?

— Sí.

— Dame un beso...

Tu cuerpo se estrechó a ella, casi con ingenuidad. Pero un instante después tuviste un sobresalto y te echaste a llorar; entre gemidos dijiste:

— Perdóname, perdóname. No sé lo que me pasa. Quiero llorar... llorar hasta morir. Tú no sabes... no sabes. Tengo miedo. Aún hay tiempo para recordar... déjame recordar....

Desde el árbol se columbraba la llanura, poblada de maizales y cañales. Alcanzabas también a distinguir un camino real, cercado por madrecacaos y un gran claro en semicírculo. Los indios salían a la media noche, desfilaban con antorchas encendidas. Esperaban a que la luna llegara a su zenit, para cantar en coro, con voz monótona:

Luna dame pan, luna dame pan,
Luna dame pan, pues ya sabés,
Luna dame pan, luna dame pan,
Luna dame pan, pues ya sabés.

Dos indios habían dicho:

— Mira hoy en la noche es la rogación.
— Conseguiste tu antorcha.
— Me costó para que no se dieran cuenta.
— El cura se enoja.
— La tengo escondida desde hace dos días.
Nos vamos a reunir en El Amatón.
— Pues sí.

Eran como dos sombras, ceñidas. Sólo veían sus trenzas y el brazo de él, subiéndole la enagua. Suspiros y gemidos. Temblabas. Y el canto de los indios, monótono, lloviznoso, como el chirrido, enronqueciendo de un acridio. Luego llegó tu padre. El internado. En el pórtico había un cuadro inmenso que representaba a la Virgen de la Inmaculada Concepción. Su rostro ovalado, desde ciertos ángulos se impregnaba de una expresión casi dulce, más de otros aparecía severo, colérico, maligno. Los corredores fijos. Las enredaderas. La comunión diaria. Y ella, tu única amiga. Santa María madre de Dios, ruega por nosotros. Luna dame pan. Sus trenzas y el brazo de él, subiéndole la enagua. Primer Misterio. Padre nuestro. Jesús en el huerto de los olivos. Oye nos iremos a bañar desnudas en la poza. Serán unas bellas vacaciones. Vendrás María querida. La primera caída. Dominus tecum venedictum. Sí. Iré, aun en contra de la voluntad de mis padres....

Su cuerpo aromado en el agua de la poza y sus senos que sabían a dulces mangos llenos de luz. Y tú, encendida, péndula, llena de asombro y ansiedades, como una tierna gaviota frente al mar. El perfume de los arrayanes te embriagaba. Te vino el miedo y la vergüenza. Y corriste desnuda, bajo los árboles, junto al río. Ella te encontró, poco después, sobre la hierba, recogida, mórbida, como un gusano de seda escapado de su capullo.

Al día siguiente el mar. Bajo el cielo pubescente, las altas olas rompiéndose en los riscos. Y la resaca, negra,

oscura, sobre el gris cenizo de las rocas. Hacia el horizonte: azul y verde luminosos, que hieren la bruma nacarada de golondrinas claras, como polen vivo y ensanchado.

De nuevo el mar, relumbrante, irisados estremecido por colinas claras, lentas, recogidas en suaves movimientos. Y el sol fijo, monocorde, que se hundía en el agua transparente, hasta las criptógamas oscuras.

Y tú, de la mano con tu amiga. Olvidadas ya de la noche anterior. Del viento y de la poza. Bajo el sol tórrido.

Como si fuese un milagro empezó a llover recio, un bello y bronco chubasco tropical.

(Qué hermosa es la lluvia: estalagmita vegetal y transparente, una cierva que muerde el musgo en los oquedales. Licuada primavera. Un día de luna).

Las gotas afiladas hacían daño a la piel requemada por el sol. Y el mar convulso, de lejos burbujeante, con sus olas naufragando cada vez más dentro de la playa, era un plástico huracán en agonía.

Corrieron hacia un rancho. El mar las perseguía. Con sus olas y bramidos. Con sus corrientes rápidas. Con sus gaviotas titubeantes.

Te recogiste en un rincón del rancho, echa un ovillo, toda arrugadita, como si repentinamente hubieses envejecido.

Huyó de la lluvia. El sol en el ocaso. En el horizonte una nube roja se retorcía y parecía descansar en la alta cumbre de un monte de agua gris. El crepúsculo se hundía en el mar, apartaba las aguas, separaba el fondo, para teñir las pupilas de un lila mortecino. Ahora, de repente, las olas, los manglares, las arenas, todo, hasta las pupilas de tu amiga se volvían abismo, precipicio, agua ensombrecida.

Penosamente volviste la vista hacia el cielo y tu miedo creció. Era como si la noche se desprendiera de las nubes para caer sobre tí y aplastarte. A lo lejos aulló un coyote y no pudiste más.

Has debido correr mucho para llegar hasta mí. Pero estás equivocada, no es un coyote el que aulla, son los perros

que ladran. Los viejos perros que me han perseguido siempre, antes de que tu vinieras y también después. Ellos quieren desgarrar y morder. Y tu, como una abeja lasciva te metes en mi piel y mordisqueas mi carne. ¿Cómo y por qué me encontraste? Qué trágico tu destino es...

Me viste desnudo, ensangrentado, sobre la arena húmeda y salada. Como un feto deforme y abortado. Sólo mi sexo aparecía intacto...

— Me haces daño... me dueles... sin embargo tú eres también como la lluvia... pronto llegarán los perros y todo habrá terminado para empezar de nuevo.

María mi dulce María. Morirás mordida por los perros. Si morirás. Y yo, he huído para causar tu muerte. No me bastaba morir solo. Oyes el mar, suave, tierno, desordenado y musical como violines afinando...

Y metió la mano en su camisa de huipil, bajo la enagua, hacia el sexo oscuro como un pájaro nocturno, ávido, olvidado de la muerte y de los perros, y encontró la playa, la inmensa playa solitaria, quebrada sólo por los charcos de la luna.

Volvió sus ojos hacia el cielo y la noche cayó sobre él, caliginosa, sin estrellas, le apretó la garganta, la hizo gritar, gemir su soledad inevitable.

Trotó unos metros. Sin recuerdos. Sin aquel episodio alegre de su vida trágica. Sin el mar azul, sin la última vez que la vió, allá en la otra playa, en la antigua playa bulliciosa, donde las olas amanecían como lámparas ante los ojos apuñados, y su cuerpo no era añoranza y soledumbre...

Tropezó una vez más.
La última.
Los perros dejaron de ladrar...

El Anticuario

Rolando Costa Calderón
El Salvador

Había recorrido la ciudad visitando toda clase de bazares: en ninguno pudo observar, ni siquiera por semejanza, una copa como la buscada; todas tenían algo de más o de menos por lo que adquirían definitiva rudeza.

Su insobornable búsqueda le hizo visitar los lugares más en desacuerdo con su aristocrática posición, hasta que la noche vino en su ayuda tirándolo a una callejuela nunca antes contemplada. Como si la luna solo allí mirara descubrió, de repente, arriba de su cabeza, un rótulo: ANTICUARIO. Era una vieja casa que le produjo la impresión de estar sumida en las sombras desde la eternidad.

El lugar estaba tan rodeado de niebla que no pudo encontrar un punto de referencia que lo orientara. Su empeño venció toda clase de temor que pudiera sobrevenirle y con su puño grueso golpeó la puerta que instantáneamente le mostró el interior iluminado. Al contemplar luz artificial recuperó confianza y se introdujo contemplando una parte de la división hecha: un mostrador. Nada más. En el preciso instante de iniciar el movimiento de su brazo para golpear el mostrador se abrieron unas cortinas y apareció un viejo alto, barba y cabellera blancas y largas,

piel rosada y tersa, tan consistente, que parecía que ni a cuchilladas pudiera hacérsele el más leve rasguño; ni siquiera sus blancos cabellos daban indicios de vejez. Nunca vieron sus ojos ser semejante; su sola presencia, sin gestos ni mirada, daba la certeza de estar frente a alguien terriblemente real, conciente de ello, tanto, que sin modo alguno de comunicarlo dió la plena seguridad de decir: "YO SOY. NADIE PODRA CAMBIAR AL QUE SOY. SOY DEFINITIVAMENTE". Acostumbrada su alma a adoptar indiferencia en los trances difíciles pronto se convenció de que quien conservaba la superioridad de los dos era él mismo; así pues, rompió el silencio hablando en tono imperativo:

— Busco una copa especialísima. Ningún vendedor de la ciudad pudo presentarla. De oro, pero tal oro que ni el más ignorante en la materia pueda dejar de reconocerlo sin dudar un solo instante; que sea liviana, de tal manera que teniéndola en la mano no me percate de su peso y que aún llena se ajuste a mi mano relajada; por último, sin limpiarla, que no conserve el más leve aroma ni sabor del líquido en ella escanciado; por lo demás una simple copa.

El anciano, con voz firme y rebosante de juventud, al tiempo que bajaba la mano, dijo:

— Solo tengo de una clase...— Y puso sobre el mostrador una copa finísima, transparente, como hecha para sobrevivir al mundo en un trozo de luna. Esa idea surgió en su mente y las palabras siguientes del Anticuario le parecieron, por un segundo, de una alegre pero extraña verosimilitud:

— Esta copa está hecha con luz de luna. Viertas en ella lo que viertas tendrás el mismo sabor siempre; su peso es el límite de fuerza de quien la sostiene; cuando la tomas sientes llenarte de fuego, si la abandonas de frío.

No pudo decir nada. Pasmado, sin poder acusar de loco al Anticuario por la evidencia de una tremenda lucidez, este hombre se marchó desesperando.

En vano rodeábase de placer; en los insomnios aquella copa plantábasele entre ceja y ceja. En el día una fuerza extraña lo arrojaba a los rincones; a donde fuera veía esa copa, absolutamente desposeída de particularidades, toda esencia, la copa de las copas, y sin embargo, sobrenaturalmente real.

Esperó la noche. Desembocó en la callejuela. Esta vez se abrió la puerta sola sin llamar a ella. Tras el mostrador el sorprendente anciano preguntó sereno y cierto:

— ¿Vienes por ella?

Entró a la habitación respondiendo con la cabeza.

— Pues aquí la tienes.

La tomó avidamente, la apretó contra su pecho y se dió vuelta rápidamente para salir, pero sin explicárselo y sintiendo en su espalda la poderosa mirada del anciano volvióse para preguntarle trémulo:

— ¿Tiene una camisa?

Respiró por fin con normalidad y, adoptada su indiferencia de costumbre, prosiguió:

— Sí, una camisa, pero extraordinaria. Que cuando haga frío me dé calor y cuando calor frescura; que jamás pueda adherirse a ella materia extraña y sea de hilo fuerte, irrasgable.

— No, pero tengo ésta — Y bajó su mano.

¡No, otra vez! Esa camisa era insoportable, apenas percibíase de tanta claridad. ¡Pero era tal su innegable consistencia! Sintió deseos incontenibles de ponérsela aún sabiendo que sería para él una tortura. Habló agitado:

— ¿Esa? ¿Para qué?

— Es de aire y mar. Con ella te sentirás desnudo; todo llegará a torturarte y, sabiendo que tienes una camisa, la camisa verdadera, serás felíz. Tómala.

— ¡Sí! ¡No! ¡No quiero! — Y corrió desesperado.

No salía de casa. Sediento siempre bebía en la copa lo que fuera. ¿Qué mas le daba? Ese sabor dulce y amargo lo perseguía y así mismo el prurito de beber en la copa y mientras más bebía más aumentaba el deseo febril de ponerse

aquella camisa; no podía apartarla de su alma, era imposible ... Volver a casa del Anticuario fué la única solución, de lo contrario al ver al mundo comenzaría a gritar sin saber por qué.

Al oscurecer arrastró su cuerpo en la noche y no se detuvo hasta llegar frente al Anticuario.

— ¡La camisa! ¡Pronto! — suplicó febril.

El anciano se la entregó.

En un instante la tuvo puesta:

— ¡Qué bien! ¡Qué desnudo estoy! ¡Qué frío y qué calor! ¡No importa! ¡Pero qué bien!

Se puso serio de repente. Fué un segundo. El entusiasmo lo invadió de nuevo.

— ¡El cuchillo! ¡Démelo!

— ¿El cuchillo de luz?

— ¡Sí!

— El que solo corta sombras.

— ¡Ese! ¡De prisa!

— Toma.

Cuando lo tuvo en las manos lo besó desesperado y al levantar los ojos observó por vez primera la sonrisa del Anticuario. Era todo sonrisa. Una sonrisa que le decía: "Ya sabes; ve y hazlo". También sonrió, como nunca, y le pareció ser él quien estaba tras el mostrador. Y no vió más. La sonrisa y ¡hazlo! Era todo cuanto inundaba su alma; corrió loco de alegría...

Se detuvo y contempló sonriendo el panorama de luna frente a sus ojos: ¡Todo estaba bañado en su luz! ¡Todo lo cautivaba como la copa!

De pronto un dolor a pinchazos, cabalgante, lo invadió: una sombra violácea venía a su encuentro. Dió un grito agónico y se avalanzó sobre ella cuchillo en alto; la apuñaleó con saña, pero fueron llegando más y más sombras y él apuñaleándolas; más y más grandes y apuñaleándolas encaramado en sus lomos cada vez más pequeño; jadeaba, desfallecía, no podía terminar con ellas; más y más sombras, más y más puñaladas ...gritaba ...

— ¡Anticuario! ¡Anticuario! ¡Ya no puedo! ¡Anticuario! ¡Voy a destruirlas! ¡Por qué son tantas, Anticuario! ¡Anticuario! ¡Me muero !!!! - Y así gritando, con aquella sonrisa en el alma, febril, gatuno, dando puñaladas a la niebla, subido en sus espaldas como en un potro, se perdió en ella ....

aquella camisa; no podía apartarla de su alma, era imposible ... Volver a casa del Anticuario fué la única solución, de lo contrario al ver al mundo comenzaría a gritar sin saber por qué.

Al oscurecer arrastró su cuerpo en la noche y no se detuvo hasta llegar frente al Anticuario.

— ¡La camisa! ¡Pronto! — suplicó febril.

El anciano se la entregó.

En un instante la tuvo puesta:

— ¡Qué bien! ¡Qué desnudo estoy! ¡Qué frío y qué calor! ¡No importa! ¡Pero qué bien!

Se puso serio de repente. Fué un segundo. El entusiasmo lo invadió de nuevo.

— ¡El cuchillo! ¡Démelo!

— ¿El cuchillo de luz?

— ¡Sí!

— El que solo corta sombras.

— ¡Ese! ¡De prisa!

— Toma.

Cuando lo tuvo en las manos lo besó desesperado y al levantar los ojos observó por vez primera la sonrisa del Anticuario. Era todo sonrisa. Una sonrisa que le decía: "Ya sabes; ve y hazlo". También sonrió, como nunca, y le pareció ser él quien estaba tras el mostrador. Y no vió más. La sonrisa y ¡hazlo! Era todo cuanto inundaba su alma; corrió loco de alegría...

Se detuvo y contempló sonriendo el panorama de luna frente a sus ojos: ¡Todo estaba bañado en su luz! ¡Todo lo cautivaba como la copa!

De pronto un dolor a pinchazos, cabalgante, lo invadió: una sombra violácea venía a su encuentro. Dió un grito agónico y se avalanzó sobre ella cuchillo en alto; la apuñaleó con saña, pero fueron llegando más y más sombras y él apuñaleándolas; más y más grandes y apuñaleándolas encaramado en sus lomos cada vez más pequeño; jadeaba, desfallecía, no podía terminar con ellas; más y más sombras, más y más puñaladas ...gritaba ...

— ¡Anticuario! ¡Anticuario! ¡Ya no puedo! ¡Anticuario! ¡Voy a destruirlas! ¡Por qué son tantas, Anticuario! ¡Anticuario! ¡Me muero !!!! - Y así gritando, con aquella sonrisa en el alma, febril, gatuno, dando puñaladas a la niebla, subido en sus espaldas como en un potro, se perdió en ella ....

Alas de Madera

Edmar C. Viana
Honduras

La mañana se le metió súbitamente por la nariz, por las orejas, por la boca, se le enredó en los musucos cabellos desgreñados. Llegó inesperadamente, casi sin hacer ruido, impregnada de un tibio olor a troncos recién cortados, a zacate mojado, a corriente de río.

El resplandor se filtraba entre las flacas varas de la champa y calentaba el catre. Y Cacho sintió los dedos huesudos de un duende amanecido que le arrancaban desesperadamente las pestañas, como si quisieran chuparle las lágrimas o morderle los ojos.

Entonces recordó. Las primeras trozas quizá comenzarían a llegar temprano. Caoba sangrienta, palúdico cedro. Habían quedado cerca la tarde anterior y las aguas, crecidas durante la noche, corrían como una manada de yeguas asustadas. No tardaría el río en traer las preciosas maderas hasta la barra. Tenía que alistar las costillas, los pulmones, los brazos tatuados de cicatrices, para luchar con los monstruosos troncos.

Pero ésta sería la última vez que le golpeara la corriente. Se marcharía para siempre después de la jornada, lejos, muy lejos, mucho más allá del horizonte, quién sabe hasta dónde. Acaso hasta las grandes ciudades ruidosas de edificios altos como cocoteros y de gente catrina que caminaba presurosa por las calles de piedra.

Solamente se quedaría para ganar estos postreros centavos. Los señores aquellos que pasaron por la aldea la semana anterior le habían dicho que, en la ciudad, tendría trabajo y plata; le llevarían por muchos lugares, a ver cosas nuevas; a las enormes bodegas llenas de bultos, allá en otros pueblos; a cosechar los inmensos maizales dorados que le esperaban impacientemente.

Y el negro Cacho —que no tenía otro apelativo por un acuerdo tácito en que habían muerto su nombre y su apellido– sabía que el cuerpo podía aguantar, como tantas otras veces desde que se sintió hombre para jugarse la vida, las recias horas que venían por delante. No en balde se había criado bajo aquel sol calcinante del monte, abriendo la selva a filo de machete, matando a garrotazos los lagartos que acechaban a la orilla del río, despedazándose las manos con el mango del hacha.

Pensaba, mientras sus blancos dientes masticaban un petrificado pedazo de cazabe, en los gruesos rollos que venían flotando varias leguas atrás. Los camiones de Mister Watt, el "gringo" maderero, los habían estado arrojando en el "bum" desde hacía muchos días, nadaban al garete, dando tumbos en los recodos del río, y había que juntarlos para formar las balsas. No muy lejos los esperaban las olas del Atlántico, aquellas sirenas vestidas de novia, para invitarlos a vagar eternamente por marineras lejanías.

En Punta Tortuga comenzaban a despertarse las mismas cosas de todos los días, el machete clavado en el guayabo, el porrón en la puerta, la canasta en el banco. Y el olor sabroso de los fogones matutinos. Y la fresca caricia del céfiro del río.

Tendría que olvidarse de todo eso. Apenas llegara la siguiente madrugada dejaría aquellos patios descoloridos de su infancia.

—. . .¿Vas pa'l río, Cacho? . . .

—. . .Sí . . .voy pa'l río, a decirle adiós pa'siempre . . .

Se le quedaban viendo desconcertados, como a un fantasma escapado de la montaña, casi como mirarían a un moribundo que se despidiera de la vida. Y Cacho comenzaba a sentirse un extraño entre su propia gente.

—. . . Quédate, Cacho . . .ya olvídate de esa babosada . . . la madera viene buena . . . trae plata . . .

—. . .¿Plata pa'qué?. . . ¿Pa'meterse el guarazo? . . . ¿Pa'hartarse los frijoles? . . . la madera viene buena. . . trae plata . . . y uno capeando los güevazos de las trozas. . . y hogándose allá abajo , como loco . . . y aguantando la quemazón del sol en el lomo, en las patas, en todo el pellejo . . .
. . . allá, en la ciudá, la cosa cambia . . . los carros corren más duro que el pipante . . . las casotas más altas que tres palos de coco . . . el sol no quema tanto . . . y nu'hay machetes, ni vacas, ni ropa sucia . . . quedate . . . olvidá la babosada . . . ¡ta jodido!. . .

Se juntaron en el muellecito de postes temblorosos, con la mirada fija allá, como dos leguas río arriba, creyendo avistar algunos troncos oscuros que avanzaran perezosamente. El "pipante" del capataz andaba enloquecido revolviendo las aguas, tosiendo impacientemente su asmático motor de fuera de borda. Y la mañana estaba terminando de bañarse en la barra, se levantaba recatadamente sobre el monte, buscando su deshilachada toalla de nubes; más tarde caería, como hirviente chorro de aceite de coco, sobre las espaldas renegridas de aquella pobre gente. Había que hacerse macho para poder hartarse la malanga cotidiana, para ganarse el vigorizante huacal de chicha y el respeto de los compañeros.

El "pipante" se arrrimó al muellecito de madera y aquellos quemados gigantes, desnudos de medio cuerpo arriba,

comenzaron a saltar dentro, con una increíble batahola de gritos y risotadas; parecía que alguien había abierto, de repente, una jaula de micos. La voz de las costillas descamisadas clamaba por la vida.

Y Cacho, arrinconado en silencio, se puso a contemplar, absorto en quién sabe qué patéticas meditaciones, las habituales imágenes de su existencia: las reverberaciones del sol en la barra del río, el verdor impenetrable de la selva, las paredes anémicas de las champas, la arena tímida de los patios. Y los viejos endurecidos y oxidados por el sol y la lluvia, esos ojos de piedra que miraban partir la sudorosa cuadrilla. Y los niños aquellos que mordían, como si fuera la cosa más importante del mundo, unos bagazos insípidos de caña.

Ya con sus once machos a bordo, el bote desatracó, apuntó la proa corriente arriba y comenzó a avanzar cautelosamente, gargarizando remolinos de espuma aquel achacoso motor.

Allí iba Cacho, con la cabeza llena de ilusiones y el corazón enfermo de esperanzas. Hacía como cuatro meses que no trabajaba con la madera. La pesca y el camotal dejaban algo para el estómago y hasta para el "guarazo" estimulante, pero en Punta Tortuga ya solamente circulaban apenas algunas gastadas monedas de cobre. Era preciso mojarse las costillas para ganar más plata, para enriquecer la colección de chucherías, para comprar, en los lejanos bazares de Santa Rosa, nuevos utensilios.

Ya pasaría el tiempo. Y Cacho recorrería triunfalmente el mundo, dueño de diez "pipantes", y catorce champas, y grandes maizales anchos como el horizonte. Entonces quizá volvería a su pueblo. Del brazo de una mulata embrujadora de la capital. Con el pantalón lleno de muchas cosas buenas, para las viejas curtidas al calor del comal, para los niños descalzos de mirada nostálgica, para los octogenarios pescadores que pasaban las horas recordando otras épocas, a la orilla del mar.

Eran once a bordo. A proa, Mister Watt, mirada escrutadora fija en la corriente, pesado revólver pendiente de

gruesa correa. A popa, Johnson, el negro capataz de incombustible puro entre aceradas muelas. Y en el medio los nueve jornaleros de tostadas esperanzas.

El río se ensanchaba cada vez más y la selva se tornaba más espesa y desafiante. Los camalotales que flotaban a la deriva pasaban como con cierta prisa, como si alguien fuera tirando de ellos bajo el agua. Y los hombres no podían abandonar el temor de ser despedazados ese día por las horribles fauces de un lagarto hambriento, de morir aplastados por los troncos impelidos con violencia por la corriente, o de quedar apresados bajo la sombra de aquellas pesadas balsas para no volver a mirar jamás la luz del sol.

— ... el bum ... — observó, de pronto, Mister Watt— ... muchos maderos ... mucha plata ...

— ... el bum ... — repitieron, como si dijeran: "¿y qué? ... la cruz de caoba ... y la de cedro ..."

Allí estaban, al fin, las trozas, iniciando otro desfile hacia los poderosos mercados extranjeros; millares de metros cúbicos de oro forestal que mañana estarían convirtiéndose en caros tocadores para las damas opulentas, en escritorios elegantemente barnizados para los presidentes de las grandes empresas, en ostentosos armarios para los ricos huéspedes de los mejores hoteles.

Y los de Punta Tortuga siempre en lo mismo: bajo la rumorosa sombrilla de los cocoteros, viendo pasar aquellas duras facciones de corteza indiferente que ni decían adiós.

Mar afuera esperaba el barco, blanco, orgulloso de su perfil aventurero, listas las bocas de las bodegas para engullir el cargamento de madera, de piedra, de espaldas quemadas, de manos callosas, de sueños descalzos.

— ...¡Bajate, Cacho, bajate!... ¡que se trabó la balsa!

— ...¡Arrimá el pipante, pué, arrimalo.....pa'montarme a la troza!...

Y saltó a una de las balsas, con una vara métrica en la mano. Se puso a buscar la causa de aquello. Miró por encima de los maderos, metió las manos entre dos de ellos; probó después por una orilla y luego por la otra. No com-

prendía lo que pasaba, una de las trozas se había hundido por una punta.

— ...¡Ta bien trabada la maldita!...¡es por bajo la carajada!...

Puso a un lado la vara y se metió en el agua. Ahora estaba sumergido. Solamente se miraban burbujas en el lugar por donde se había zambullido. Pasaron como tres minutos y, de repente, la troza volvió a flotar normalmente.

— ... Ya estuvo ... se la querían comer las raíces.

— ... Tuntún, dame los fierros pa'clavarla otra vez ...

Y de tres golpes volvió a incrustar el clavo firmemente; tiró de la argolla y vió que los troncos habían quedado bien sujetos al cable de acero que mantenía unida la balsa.

— ... Ta buena la madera ... sin peladura ... sin comején ... como le gusta a Mister Watt ...

La cuadrilla se dividió en parejas que, con aquellas largas varas graduadas, tomaban los diámetros de ambas caras y el largo de los rollos, y los cantaban en alta voz.

— ...¡Veinticuatro por veintidós!...

— ...¡Veintiuno por veintitrés!..

— ...¡Dieciocho e largo!...

Mister Watt anotaba cuidadosamente las medidas en un grueso cuaderno de hojas mojadas; más tarde se pondría a calcular el volumen de cedro y caoba, para sacar de allí una estimación del valor comercial de la madera. Eran verdaderas fortunas las que arrastraba el río.

Las balsas serían remolcadas hasta la barra durante varios días. Allá estarían otros señores inspeccionando la calidad del cargamento. Unos para dar su aprobación a la compra del mismo, otros para computar el monto de los impuestos; todos ellos con aire autoritario, con cierta extranjera indiferencia, como si fuera la cosa más natural del mundo estarse allí, parados sobre una isla de trozas, con el sol derritiéndoseles encima, convirtiendo esas imágenes en valiosos cheques de banco, en pesados muebles de alcoba, en ingresos presupuestarios.

Y los hombres de Punta Tortuga siempre bajo las delgadas patas de los cocotales, con sus fardos de humildad

y de sudor a cuestas, viendo pasar los decapitados árboles que se adentraban en el Atlántico sin decir adiós.

En el "bum" los negros seguían destrabando las balsas de las raíces que, como manos fantasmales, se ocultaban bajo la corriente. Corrían sobre los troncos como enajenados, lanzando unos gritos escalofriantes, alborotando las familias de monos que saltaban de rama en rama en la ribera.

Ya iba a ser mediodía y el calor de la selva sofocaba cruelmente. Varias balsas habían pasado a la deriva río abajo, pero todavía quedaban muchas más en los recodos, varadas en las playas, haciéndoles compañía a los reptiles que se calentaban bajo el sol despiadado de la jungla. Había que llegar hasta ellas para medirlas y ponerlas de nuevo en la corriente.

— ...Antes todo era distinto — pensaba Cacho — ...los árboles crecían en el monte ... naide los molestaba... ni se metía naide con los lagartos, ni con las boas... pa'que ellos no se metieran con uno ...¿y pa'qué diablos va a ponerse uno a chingar a los animales del río?...si hay bastante pescado allá, en la boca ... y el yucal ta lleno de cosecha ...

...¡la plata, la plata, pa'l machete nuevo, pa'los trapos de la mujer, pa'l macanazo e guaro!...¡sanababich!...

Se suspendió el trabajo, un rato después, para desenvolver los bocados que las mujeres habían preparado por la mañana. Pedazos de cazabe y yuca cocida, para engañar el estómago. Frijoles parados y carne de venado medio asada en la punta de algún alambre viejo. Y frescas guacaladas de agua de río.

El hambre les corría como un demonio despavorido por las venas, les picaba como mazamorra la boca del estómago, les andaba rascando el gaznate despiadadamente. Comían de aquellos envoltorios con ansia verdaderamente irrefrenable.

El "pipante" se había arrimado a la orilla en busca de descanso, y Cacho sentía ahora la sombra de los sauces

posársele en la espalda, como una caricia de la madre naturaleza. Otra vez volvió, entonces, a ensimismarse en aquellos pensamientos. Miraba la caña brava meciéndose en la brisa y sus ojos querían grabarse aquella imágen, como recuerdo indeleble de esas horas intensas. Escuchaba los crujidos eternos del monte caminar descalzos y sus oídos deseaban llevarlos aprisionados para siempre, como remedio para los días de nostalgia.

Todo parecía más lejano que antes y, sin embargo, todavía estaba él allí, con la vara en la mano, con los pies embarrados; con los mismos pantalones rotos del mes pasado y aquellos mismos anhelos de perderse en otras dimensiones.

— ...¡Mañana se acabó la babosada!...¡toy decidido! ...¿pa'qué se queda uno?...pa'macaniarse con la madera... los troncos valen montonones de plata...¿y al pueblo qué le queda? ...¿ónde diablos se le van los centavos? ... el muelle ta caído, pero no lo levantan las trozas ... la abuela se muere y hay que enterrarla en el petate, porque nu'hay tablas pa'l cajón ...¿y cómo se puede hartar uno la caoba, cuando se le hogan los camotes?...

— ...¡No te vayas, maje, no te vayas!... que allá nu'hay nada pa'vos ... en la ciudá todo se paga ... el agua e la quebrada, los bojotes de yuca ... allá toitito es caro ... la comida no llena ... los cuartos de cemento más feos que una tumba ... y esos camiones que simás te destripan en la calle!...

— ...¿Y qué importa todo, pué? ¡Te apachurran los carros o te come el lagarto...! allá tan las cosas buenas!... las mujeronas esas que caminan como matas de plátano ... y los zapatos más brillantes que la madrugada e la barra ...¡y las camisas sin remiendo!...¡y las corbatas de colores ...¡allá ta la plata!...

Se hallaba irremediablemente convencido de que su destino estaba en la ciudad, lejos del paisaje humilde y monótono de la aldea. Tenía unos deseos inmensos de vestir a la última moda y de llevar en los bolsillos gruesos

fajos de billetes; de viajar en rápidos automóviles lujosos; de ir a los cinematógrafos, del brazo de bellas mujeres; de olvidar, en fin, sus años de leñador descalzo, endurecido a fuerza de hacha esclavizante, de pobre hijo del río alimentado a medias con simples pedazos de malanga y carne de garrobo.

Aquella obsesión lo arrastraba como un maleficio hacia el otro lado de los cerros vecinos. Cacho no obedecía las voces que gritaban incesantemente: "¡Bruto! ¡Aguantate! ¡En la ciudad no quieren ignorantes! ¡Te vas a morir de hambre! ¡Aquí está tu pueblo!..."

No sabía que se muere más temprano en las aceras; que el agua es más sabrosa y que el viento es más libre en la montaña. Allá él. Acaso la siguiente madrugada le soplaría en alguna tortuosa carretera de la vida.

Cuando se perdiera en aquel bosque de concreto, que ahora le llamaba y le hacía tentadoras ofertas, nadie volvería a acordarse de él. A nadie le importaría el rumbo que hubiera seguido. A saber dónde le agarraría la noche del destino.

Y las balsas seguían llegando, como tristes monstruos de madera, con aquel su paso indiferente y silencioso.

Cacho volvió a tirarse al agua, y notó que la fuerza de la corriente había aumentado. Los maderos golpeaban con nuevo vigor y había que mantener tensos los músculos para dominar sus embestidas.

El cielo estaba poblándose de nubarrones densos y oscuros, presagios de tormenta que comenzaban a cubrir con un manto gris aquel remoto paraje.

— ...¡Ay va un tronco suelto!...¡alisten los ganchos, desgraciados!...

Ya la tarde estaba huyendo, atemorizada por los demonios del mal tiempo que proyectaban sus sombras bajo la vegetación melancólica de la orilla, que nadaban bajo el agua sacudiendo las trozas, que vapuleaban encolerizados los espesos matorrales poblados de zancudos.

Y Cacho no dejaba de sentir cierto presentimiento horrible, cuando, a la media luz del fondo, liberaba los troncos del abrazo fatal de las raíces sumergidas. No podía desterrar el miedo que le causaban los movimientos sobrenaturales de las balsas. Deseaba con toda el alma que la jornada concluyera pronto, como si adivinara que este atardecer tenía algo de misterioso, algo de irrevocable.

— . . . ¡Diecinueve por veintiuno! . . .

— . . . ¡Veinte por veinte! . . .

— . . . ¡Veinticuatro e largo! . . .

De pronto, allí, como a quince metros de donde estaba, la mirada experta de Cacho descubrió el peligro; una de las balsas iba a atascarse en los lodazales de la ribera y obstruiría el paso a la madera que venía empujando detrás.

Se arrojó de nuevo contra la corriente —al fin y al cabo le corría agua salvaje por las venas— en un momento de tregua entre sus recelos y el reclamo ancestral del deber. Nadó rápidamente hasta la balsa. Se puso a forcejear con una terquedad inverosímilmente sobrehumana. Pero las trozas no se detenían, la furia del río no admitía obstáculos.

— . . . ¡Ta arrecho el río . . . juelagranputa! . . .

Las fuerzas le flaqueaban; se le desinflaban los pulmones del cansancio; se le reventaba el corazón del miedo; los ojos querían escapársele de sus oscuras cuencas. Y desgarraba, el negro, las ásperas cortezas con las uñas, afiladas cuchillas del monte.

Súbitamente, sintió un dolor definitivo, intenso, triturarle la cabeza, como si le hubieran caído encima diez palos de cedro al mismo tiempo, como si le hubieran aplastado el cráneo de un hachazo.

Y ya no pudo más, se quedó allá abajo, mirando incrédulo hacia la poza del silencio, abrió la boca como para aspirar el último soplo del aire del río, y lanzó, desde aquella tumba de trozas, tan suya y tan ajena, un alarido inmenso de protesta que se alejó, como alma en pena con alas de madera . . .

. . . ¡volando desesperadamente para la ciudad! . . .

SIGNIFICACION DE ALGUNOS VULGARISMOS NECESARIOS EMPLEADOS EN ESTA OBRA

BABOSADA: Cosa (despectivamente).

BUM: Denominación onomatopéyica de cierta parte del río, (Honduras), en que son arrojados los troncos, al chocar los cuales producen ese "bum" peculiar.

GUARAZO: Trago de guaro.

GUEVAZO: Golpe.

JODIDO: Malo.

MACANAZO: Trago (según está empleado aquí).

MACANIARSE: Trabajar arduamente.

MAJE: Tonto; zopenco.

PIPANTE: Especie de cayuco largo.

SIMAS: Casi.

El Macho Bermejo

Justiniano Vásquez
Honduras

Desde que la yegua alazana de Juan Santos resultó preñada, parecía tan alegre, que sus relinchos resonaban como clarinadas rebotando en las laderas de la montaña; botó la pelambre larga y le fué cubriendo el cuerpo un pelo fino y brillante; siempre lucía como recien bañada y relumbraba como el oro.

—Esta yegua parece un mango que camina— había dicho el patrón, don Lucas.

Juan Santos dejó de ocuparla en las duras faenas de antaño. En vez de fatigarla, ordenó a la Anselma, su mujer, que le diera "maicito" y sal todos los días; que safara hasta la última tranca para que el animal no se fuera a golpear en la tranquera; que le quitara las garrapatas, que le redondeara los cascos, que le diera su "posol" a tiempo... En fin, era como estar cuidando a un personaje importante. La yegua alazana parece que comprendía aquella solicitud y se hacía mimar; todos los días llegaba relinchando por el caminito colorado y asomando su cabeza por enmedio de las trancas, esperaba impaciente, hasta que iban a entrarla.

El dueño orgulloso le acariciaba los ijares y casi con paternal satisfacción percibía los fuertes movimientos del feto. Pegaba el oído a la panza de la yegua y percibía lejanos trotes.

— ¡Quién quita!— decía— ¡A ver que pare!

Un día de noviembre el Congolón amaneció retumbando, arrebujado en espesa neblina. Parecía que en el propio corazón del cerro se disparaban tremendos cañonazos. Y fué precisamente el día en que la yegua alazana amaneció parida: un precioso muleto bermejo caminaba a la par de ella, con los ojos hinchados y los remos finos ateridos por el frío, pero se notaba que era un raro animal dado al tamaño y la total perfección de su cuerpo. Entonces la preocupación fué otra:

— Hay que esconderlo para que no le vayan a hacer *mal de ojo* — ordenó Juan Santos.

Y ante la presencia de aquel muleto, olvidándose de los retumbos del cerro, del viento que aullaba y del frío inclemente, dió rienda suelta a su entusiasmo y se puso a soñar:

— Ese hombre del macho bermejo es Juan Santos— dirán las gentes los domingos en el pueblo cuando me vean montado en este animal. Ya veremos si no les demuestro a estos haraganes lo que es ser uno bueno y luchador.

El tiempo fué pasando. Para el dichoso Juan Santos y su mujer no había cosa más grande ni más digna de sus pensamientos que el macho bermejo. Jamás habían soñado con ser dueños de un animal así; los muletos son para los ricos, para los que tienen suerte; para los que tienen que darle a las yeguas. Pero un indio jornalero, no puede aspirar a tanto. Para los indios son los caballejos patas gruesas. Eso basta y sobra para el que se ha creado con el tercio en el lomo. Pero, ¿qué sabemos, y si ahora ya él mismo era un hombre con suerte?

Llegó al fin el día en que, cumplidos los tres años de edad, había que amansar al macho bermejo. Era de verse

cómo, cuando le pusieron la albarda, aquel animal se levantó enloquecido. Parecía una ruda competencia de saltos y sacudidas hasta que, vencido un poco, tembloroso y jadeante, sudando a chorros, pareció aceptar su condena.

Como entre la indiada del vecindario aquel macho era algo que no tenía sitio en el rancho de Juan Santos, tocados unos, por la envidia, otros, por la admiración, comenzaron a tejer las teorías más absurdas en torno al origen del macho bermejo:

— Ese macho es hijo del cerro, aquellos retumbos que se oiban cuando nació no son así nomás— sentenció el casi centenario *ñor* Cirilo.

— Esas orejas de tijera y esos ojos saltones, son de animal malo— volvió a opinar don Lucas, al ver al macho bermejo, inquieto, amarrado al bramadero.

— Ese macho, en las noches, como que siente la tentación; resuella como el mismo malo y tira patadas a los espíritus,— dijo la Anselma, pensativa.

Juan Santos, para quitar tanta habladuría de la gente, un poco dudoso también, dispuso que cuando llegaran los Padres Misioneros por ese rumbo, llevaría al macho bermejo a que se lo bendijeran. Así fue como el día que los Padres llegaron a decir una misa en la propia cima del Congolón, se vistió lo mejor que pudo y se fué a buscar la bendición para su animal. Pero resulta que el macho condenado en cuanto vió a los Padres, forcejeó como un endemoniado hasta que reventó el lazo y se fué con la cabeza en alto por los montes. No se dejó bendecir. Entonces si ya aquellos rumores empezaron a tener fuerza en las mentes crédulas de aquellas buenas gentes.

— Ese animal es cosa mala. Quién sabe si no es el mismo diablo; a veces los cerros como este le hacen unas pasadas a los que no quieren; retumbaba cuando nació,— volvió a sentenciar *ñor* Cirilo.

Y aquel animal que debía amansarse con el correr de los días y las diarias albardeadas, se fué haciendo más fuerte y más *resabido;* se encabritaba a veces como picado

por invisibles tábanos y el resultado era invariable: los huesos del pobre Juan Santos descendían como un pesado fardo hasta hundir la grama; cerca de la cara le pasaban las patadas del macho felíz por haberse deshecho de aquella carga; a veces un colazo le dejaba colorado los ojos, pero la suerte estaba echada: O el macho se amansaba o Juan Santos no era varón; hasta aprendió a tirarse en el momento oportuno y llegó a conocer cual era la sacudida que lo iba a dejar en el aire.

Se acercaba la feria de San Miguel, en El Salvador, y hacia allá se encaminó Juan Santos con su mujer, su yegua alazana y su macho bermejo; todos cargados de granadilla. En el paso del Lempa, en el primer viaje de la barca, se fué muy oronda, la Anselma y la yegua alazana; el macho bermejo quedó con Juan Santos de este lado del río, pero cuando relinchó la yegua del otro lado, como preguntando porqué se habían quedado su hijo y Juan Santos, el macho se lanzó al agua casi arrastrando a los que quisieron detenerlo. Se hundió al principio y luego apareció su cabeza brillante rematada por dos bellas orejas que parecían sobre el río una tijera vertical; como a doscientos metros abajo en la ribera opuesta fué a salir y de allá, se vino río arriba hasta llegar donde lo esperaba la yegua alazana relinchando de contento.

— Ese macho es tramado, amigo,— le dijeron al dueño los barqueros.

Era de verse como aquel animal tomaba las cuestas con sus ocho arrobas de granadilla; si parecía un camión por la fuerza y el tesón. Se complacía al encontrar otras bestias cargadas y darles empujones; no se apartaba a un lado en las estrechuras, a pesar de que Juan Santos atrás iba diciéndole en esos trances: paarteee, paarteee, paarteee.

Aquella noche, a orillas de Titihuapa, acamparon los viajeros: cerca del fogón, las bestias amarradas devoraban sendos manojos de *huate*. De vez en cuando el macho bermejo dejaba de comer, como si pensara en algo importante,

levantaba la cabeza y tendía las orejas en dirección del monte y miraba profundamente con aquellos ojazos saltones que parecían cristales azogados. Resoplaba y volvía a seguir comiendo; pateaba, templaba el lazo, manoteaba, movía la cola y como que quería *barajustar*. De repente, a la luz de la luna llena se divisaron dos hombres que dejaban el camino y se dirigían al fogón de los viandantes; los dos algo corpulentos, con alforjas en los hombros y machetes *colins* en las manos.

— Buenas noches, amigos.

— Buenas noches, señores.

—¿Nos prestan el fueguito para calentar una cenita?

— Bien pueden, señores.

—¿Y, ahora, para dónde?

— Pues por ay para San Miguel.

— Pues nosotros vamos por el mismo camino; venimos de La Puebla; vamos para ver si compramos unos caballitos, ¿y ustedes?

— A vender esas frutas.

La plática se fué alargando y los visitantes que parecían dos almas de Dios, tomando confianza, sacaron una botella de "cususa" e invitaron a Juan Santos y a la Anselma a buscarle la puerta al hambre. Con cargada intención les llenaron los huacales y también se sirvieron aparentemente igual cantidad. Les dieron carne y aguacate del que llevaban y entre tanto la plática continuaba:

— Qué bonito macho, amigo, le ha de costar un platal.

— Regular, es criollo...tengo varios como ése...por allá donde yo vivo se dan esos animales...— se jactó Juan Santos ya con el estómago caliente por el trago.

—¿Y de dónde me dijo que eran ustedes?

— De allá de Congolón, en Honduras, el cerro más alto que se ve por allá cuando está claro.

— Ah, pues, son de bien lejos.

— Ummm, eso queda bastante lejos.

— Pero ese animal parece que no ha sentido el camino, se ve que tiene brío.

— Imagínese que a este macho sólo porque lo ven galán y tan vivo allá dicen que es hijo del cerro.

Los dos hombres intercambiaron miradas y uno de ellos comentó:

— ¿Y usté lo duda?

— Pues en realidad yo no creo en eso, pero por las dudas, dicen que no hay que ser confiado.

— ¿Y ya sabe Usted que este cerro de San Miguel es hermano de ese cerro de Congolón que mentó? Mi tatita contaba un cuento que ahora recuerdo. Decía él que estos cerros son fregados: cuando uno de ellos necesita alguna cosa aunque asi sea el alma de un cristiano, sólo se la pide al otro y allá se la manda. Dicen que eso ha sucedido montonón de veces. ¿Quiere otro traguito?

— Bueno, si me hace el favor.

— Sacále otro a la señora, chero.

— Pero chiquito, rogó la Anselma.

Nuevamente los huacales fueron colmados y consumidos por los anfitriones. La plática continuaba y el antes callado Juan Santos ahora hasta mentía; les ofrecía a sus amigos este mundo y el otro cuando ellos quisieran ir a Honduras. El los llevaría a cazar venados, allá donde esos animalitos le salen a uno hasta detrás de la casa. Juan Santos que siempre había sido un hombre tímido, introspectivo, ahora, borracho y animado por la locuacidad de los dos amigos, hablaba hasta por los codos y ya sin pensarlo mucho se tomaba con la Anselma todo el "guaro" que aquellos le daban. Cuando menos acordaron estaban dormidos, que buen sedante resultan el cansancio y los tragos.

Aprovechando la inconciencia de los dos viajeros, los amigos de La Puebla se fueron levantando; uno de ellos se fué directamente hacia el macho bermejo, dominándolo con su habilidad de conocedor de estas bestias, sacó unos pedazos de bramante y se los amarró a las patas a manera de calzado para que no dejara huellas en el polvo; le safó el gamarrón sin deshacerle el nudo ciego que su dueño le había hecho hacía ocho días y le puso un lazo que llevaba oculto en su alforja; en tanto, el otro hombre con el machete colins en la mano sólo esperaba un movimiento de Juan o de la Anselma para dejarlos sin cabeza. Ya uno de ellos iba de camino con el macho, cuando el otro se preparaba a asesinar a los que dormían profundamente; el filo del machete a la luz de la luna semejaba un siniestro y alargado espejo, árbitro en aquel instante de la vida y de la muerte.

Iba a matarlos, cuando el del macho le dijo:

— Déjelos, chero, están dormidos, no hay necesidá.

A la mañana siguiente, cuando ya el sol les daba en la cara, despertó Juan Santos, con un fuerte dolor de cabeza, todavía viendo como los árboles danzaban en rededor suyo. Pero se le fué la *juma* cuando se dió cuenta de que solamente los acompañaba la yegua alazana. En la estaca donde estuvo amarrado el macho bermejo, estaba aún el lazo con el gamarrón, sin que le hubieran deshecho el nudo. Lloraron los dos indios al ver que ni huellas había del macho en el polvo del camino, ni *boñigas frescas,* ni monte triyado, nada...

Ya alto el sol, cansados de buscar por los montes cercanos se pusieron a descansar un poco. De repente Juan Santos soltó una carcajada.

— ¿De que te reís? ¡De lo *jodido* que estamos!

— No, vieja, bendito sea Dios; ya no vamos a buscar más ese macho maldito.-Hoy me recuerdo, ese macho era animal malo. ¿No oís cómo retumba el cerro de San Miguel? Como retumbaba el Congolón, cuando nació ese maldito.

— ¡Bien dijeron aquellos hombres!

— ¡A saber si esos hombres no eran empautados con los dos cerros!

— Y en los ojos colorados de llorar de ambos brilló un relámpago de ingenua alegría.

Regresaban... En un potrero que bordeaba el camino en "La Maraña", apareció el macho bermejo rebuznando. Quería saltar el cerco para reunirse con sus antiguos amos.

La yegua alazana relinchó como antes al ver a su hijo. Pero Juan Santos que entonces si ya se sintió fastidiado por la jugada que le habían hecho los cerros, apuró el paso y regañando a la mujer que quería que recobraran el macho, le dijo a éste:

— ¡Ya te conozco macho bermejo! ¡Ya te conozco, no me la volvés a hacer!

La Culebra

Fernando Silva
Nicaragua

— ¡Mamá.....! ¡Ah.... Ahaá..!

— ¡Qués....! ¿Ah? ¡...Ai voy.!

¡José.....José!—lo llamó sacudiéndole el brazo.

— ¿Estás soñando, hijó? ¡.......dabas gritos!

— ¡Ah.....! No sé.....¿Estaba gritando?

— Ha de ser que comistes y ai nomás te acostastes. Date vuelta al otro lado.

El hombre se acomodó en su tabla. Se empujó con los talones y se estiró.

La vieja volvió a su rincón, levantó el mosquitero y se metió. Afuera no se oía nada. El viento hacía remolinos en el patio. La luna se divisaba pálida al otro lado de unos árboles secos. Pasó un rato. La vieja alzó la cabeza para ver al hombre, vió que se movió y entonces se quedó tranquila. Allá de repente se oía algún pocoyo que bajaba cerca y chillaba en el patio.

La Vieja se cobijó los pies y se sentó en la tijera.

— ¡José! ¡José! — llamó otra vez al hombre —¿Qué te hicistes, hijó?

— Aquí estoy — le contestó de afuera.
¿Que te sentís mal?
— No. Es que salí a orinar.
— ¡Ah, bueno....!
El hombre estaba parado a la orilla del cerco.
La vieja lo vió de espaldas. — "Algo tiene éste" — pensó.
El hombre volvió a entrar al rato. Se sentó en la tabla y se restregó los pies sacudiéndose el polvo; enseguida se echó boca arriba con los brazos debajo de la cabeza.
Soplaba viento afuera. La vieja levantó el mosquitero y sacó la cabeza.
— ¡José..........! —le habló.
— ¿Qués?........ —respondió sin ganas el hombre.
— ¿Qué tenés..........Ah?
— ¡Que voy a tener..........!
— ¿No sentís algo? Talvez es calentura.
— No. No es nada — le dijo.
La vieja se levantó y se vino para afuera. Cogió un trapo que tenía guindado del clavo de la puerta, se lo puso encima y salió para la cocina. Escurcó en el cocinero y sopló varias veces. Algunas brasas se reavivaron. La mujer atizó el fuego con unas astillas, buscó un jarro y cogió agua de un tinajón que estaba al lado. Después volvió a soplar y entonces apareció una llama rojiza que hizo resplandor. El hombre también se había levantado y andaba sin camisa, dió una vuelta y después se acercó.
La vieja se apartó y cogió un tarro que tenía en el banco y lo ladeó para ver adentro.
— ¡Si no hay café........! — le dijo
— ¡Ai déjelo — dijo el hombre. Se hizo a un lado y se sentó sobre un montón de leña.
— ¿No querés que te haga un tibio, pues..........?
— Bueno — le contestó.
La vieja atizó el fuego con otras astillas y después se enderezó parándose enfrente del hombre.
— Te he visto medio tristón, hijo........
— No, cabeceó el hombre.

— ¿Te venís a quedar ahora..........?
— No, mamá..... me voy ir.
— ¡Otra vez pues.....!
La vieja se quedó pensando un momento.
¿Que andás huyendo......? ¡Decime..........Ah....?
— ¿Qué le voy a decir, mamá.....?
La vieja se dió vuelta y se agachó para ver el jarro.
— ¿Te persiguen.....?
— Sí — le contestó
— ¡Ay....! se quejó la vieja, enderezándose.
— ¿Vé...? por eso no le digo nada.
La vieja se volteó de frente.
— ¡Ya ve, pues.......... ahora empieza a llorar!
— No — le dijo la vieja secándose los ojos con el trapo.
Por la cabeza de la mujer pasó todo; como cuando pasa una ráfaga de viento y todo lo alborota. Se cae un traste al suelo y se derrama y al levantarlo todo se ha ensuciado.
La vieja tartamudeó..... —¿Qué .....qué te ha pasado? ¡Decime!
— ¿Que no soy tu madre, pues........?
— ¡Ah.... si estoy fregado......! —se lamentó el hombre.
La mujer se sentó a un lado con la cabeza inclinada como si se fuera a dormir... ó a morir.
El hombre se levantó, se arrimó al pilar de la casa y levantando el brazo se agarró del poste.
— Talvez ya me andan buscando..... — dijo y miró a lo largo del patio. Por allá se veía la luz de una casita de la orilla y un perro aulló por el arroyo.
— ¿Alguien me vió venir? — le preguntó — Yo le mandé a decir que no le dijera a nadie que iba a venir. ¿Que no le dió la razón el muchacho?
La mujer no le contestó.
El hombre le puso la mano encima de la cabeza. La vieja sintió el calor y el peso de la mano, entonces levantó ella su mano y la pasó por encima de la mano del hijo.

— Si no es culpa mía — dijo el hombre — ¡Quien sabe....!
— y pensó.
— Si yo ya me iba a componer. Yo dije: me voy ir onde mi mama y voy a trabajar otra vez........
— ¿Me está oyendo, mamá.....?
— Sí, — cabeceó la mujer.
— Pero allí nomás me viene entonces la vaina — le explicó — Es como una culebra.

¡Sí, mama.....! Como una culebra que me pasa por encima de los ojos. Como una tira que me tapa...... una telaraña en la vista...... y entonces se me viene un salival a la boca y...... no sé después.

Figúrese que yo me había ido a Tisma — Siguió hablando el hombre — a buscar trabajo onde un don Luis Mejía. Un amigo mío me dijo que pagaban bien. Allí empecé a ayudar en la composición de un molino. Como a los días, un tal Manuel que era el soldador me llamó a fuera...... yo ni sabía para qué...... — Ve —me dijo — ¿Te querés meter con nosotros en un volado? — .... y en eso, yo ví en la cara del hombre la risita y la carita de la culebra......

La vieja levantó la cabeza — ¡Eso es el mal! — dijo.
— Bueno pues — siguió el hombre — entonces Manuel me dijo: Si no hay nada que hacer..... y me explicó que el día de pago nos volviéramos y nos lleváramos los reales que don Luis guarda adentro, que como los sábados él se picaba, ni cuenta se iba a dar y nosotros nos largábamos. Como yo era nuevo, ni conocía bien la casa, entonces me respondieron que yo sólo iba a vigilar afuera. Yo les iba a decir que no, pero otra vuelta la culebra.... ¡Vi la culebra.... mama!... y lucho a ver si les decía que no.... pero no quería que fueran a creer nada... La vieja suspiró, suspiró duro como si quisiera coger el aire que se le iba de ella misma.... y al coger aire, sentía que le hacía daño adentro como si tuviera el asma..........y entonces — siguió el hombre hablando — nos fuimos ese sábado, yo estaba.... — y se interrumpió — Pero no se lo diga a nadie, mama — ¡Acuérdese que Ud. es mi mama! — y siguió — Hicimos así como le dije. Entramos de noche al cuarto que daba al otro lado de unos palos. El hombre, don Luis estaba levantado, lustrando unas botas estaba, sentado en un taburete allí a la orilla de la lámpara....

—¡Qués.......! ¡Ay....! gritó don Luis cuando nos vió entrar a nosotros y asustado voló a un lado el zapato que tenía.

¡Yo no ví más, mamá....! Si yo me iba a quedar afuera. ....pero la escopeta me la pasó Manuel a mí.... y yo le disparé al hombre en la cara cuando él se me voltió.... Después — siguió contando el hombre con la voz que se le había puesto como hueca — ¡Yo sólo veía ruedas y ruedas, como culebras que me andaban encima... como culebras! — repitió medio llorando, y se dió vuelta agarrado al poste y con la otra mano se sacudió las narices, sonando como hace un animal cuando resopla.

La noche estaba ya acabando y se veía apenas lo claro. Las casas más cercanas estaban repartidas en todo el lugar. El arroyo seco lleno de basuras separaba la casa que quedaba como encaramada en unos matorrales. El patio era pequeño y seguía un caminito hasta el arroyo y salía después a un camino más ancho hasta dar con la calle. Solo allí había un poste de luz. Lo demás estaba oscuro.

El fuego del cocinero ya se estaba apagando y el agua del jarro se consumió.

Parecía que nada había pasado. La vieja sentada y el hombre parado a un lado.

Entonces se oyó un ruido que venía del otro lado y por el poste de luz se vió aparecer un jeep con los focos encendidos.

— ¡Esh....! — gritó el hombre — ¡Son los guardias...! — y salió corriendo para los matorrales.

La vieja alzó la cabeza para ver. Los faros del jeep

alumbraban alto y vió venir unos guardias corriendo que bajaron el arroyo y otros hombres que salieron de la loma.

Uno de los guardias que traía el rifle en la mano se le acercó

— ¿Onde está? — le preguntó.

La vieja lo quedó viendo nada más. El guardia la apartó volándola a un lado y se metió al cuarto. Con la punta del rifle levantó el mosquitero.

— Allí no está — le dijo al otro guardia que lo esperaba afuera.

Ha de haber cogido para atrás — le dijo al otro guardia. Entonces salieron los dos corriendo para el lado de los matorrales.

— Aquí está la camisa — dijo uno de los hombres que se había quedado allí, levantando la camisa del suelo y volviendo a ver a la vieja.

— ¿Por onde cogió? — le preguntó el hombre.

La vieja encogió los hombros y dejó caer los brazos sin fuerza buscando como mareada donde arrimarse.... cuando se oyó el tiro detrás de la casa y entonces los otros hombres se fueron corriendo para allá.

Una Historia y Dos Relatos

Iván Uriarte
Nicaragua

I

Tenía yo exactamente doce años. Mamá y yo vivíamos en una ciudad muy lejana, rodeada de cerros, hundida eternamente en espesa neblina. Por las tardes acostumbraba sentarme en la puerta, para mirar como todo era implacablemente cubierto por una grisácea luz que se derramaba suavemente sobre las cosas y los rostros de los hombres. No niego que esa era la luz de todas las tardes; la luz que al descender comienza a oscurecer lentamente las cosas, a envejecerlas, a sumirlas en un mundo en el que nada puede ser identificado. Pero aquella luz tenía un sentido completamente distinto. Influía también la pequeña ciudad, gris, y más llena de árboles que de cualquier otra cosa. Puede ser, no lo niego. Pero sólo a la orilla de esa puerta, iluminada y definida a esa luz (sólo retenida en el recuerdo), fuí algo no solo comparable con la felicidad y la dicha misma.

Recuerdo acostumbraba sentarme en una pequeña piedra, colocada junto al quicio de la puerta. Era allí donde

permanecía hasta que todos mis esfuerzos eran vanos para identificar todo sonido a palabra brotada de cualquier lado. Sólo así advertía que la luz había caído como siempre, violentamente, hasta no sólo oscurecerlo todo, sino hasta oscurecerse ella misma. Temeroso, entonces, me levantaba, cerraba la puerta y me quedaba allí, desconsolado, con la cabeza caída, como quien ha sido vencido tantas veces, que aún no sabe por qué ha sucedido lo que tenía forzosamente que acontecer.

Un día habíame sentado, como de costumbre, en la puerta. Era invierno y lloviznaba no muy fuertemente. Las gentes pasaban como siempre, apresuradas, envueltas en gruesos abrigos, y con el cuerpo casi sostenido por las paredes. Para mí la tarde transcurría tranquila, hundida en su luz moribunda y sombría, y aunque el viento golpeaba reciamente, todo continuaba igual a mis ojos esperanzados y abiertos.

Recuerdo que ví venir un hombre a lo lejos. No sé porqué me pareció algo extraordinario, pero abrí mis brazos y quedé así largo rato, esperándole. El hombre avanzaba veloz, como quien se siente feliz, y corre inconscientemente lleno de gozo. Al llegar a una esquina el hombre se detuvo; miró a su alrededor (su único alrededor era yo), y no se movió más de allí.

Es verdad que temblaba de frío, hasta hacer chocar ruidosamente los dientes de mi boca; que mis cabellos y mis ropas, heladas, se me adherían hasta hacerme lacrimear inexplicablemente los ojos; es verdad también que ví un hombre, avanzar firmemente a lo lejos, llegar muy cerca de mí y después mirar extrañado hacia todo. Es verdad que yo esperé; sencillamente esperé. Pero sólo de repente, advertí que siempre había esperado (y no desde luego a un hombre que una tarde de invierno veo, de repente, avanzar bajo la lluvia).

Recuerdo me levanté, miré sin tristeza abriendo inmensamente mis ojos y nunca más volví al quicio de la puerta

a contemplar aquella luz difusa y muerta. (Y si volví, fué poseído y convencido de que eso ya nunca más sería una puerta).

Ahora comprendo que no, que no fué eso; fué más bien una violenta fuerza que me arrancó y me alejó de allí hasta hacerme dar contra las paredes de mi cuarto.

Ahora comprendo qué pensamiento, qué fuerzas invadieron mi tensa y enraizada esperanza de vivir junto a una puerta, esperando una luz muerta, esperando resignadamente un destino, no verdaderamente implacable, sino torcido, salvaje y grotesco.

Y todo fué así: yo no esperaba, en mi puerta, la luz de una tarde moribunda; y estaba allí porque simplemente era el único lugar de entrada, aunque si alguien verdaderamente hubiese querido entrar a casa, le hubiera sobrado por donde hacerlo. No esperaba la luz, aunque me alejase de allí igual que ella. No. Le esperaba a él y él nunca llegó; llegó un hombre y puede que en actitud de espera haya quedado allí. No es que me haya cansado de esperar inútilmente, pues es posible que aún siguiese allí esperando, en esa abandonada ciudad, donde la luz seguiría muriendo como siempre junto a esa pequeña puerta. No. No era la luz la que a diario me hacía ir tan devotamente a esa puerta. Algunas veces quizá era posible. Pero no. Era la devoción, la fé, la esperanza, alojadas en mí inútilmente, en espera también, fielmente, junto a la puerta.

Y él debió haber llegado, pero faltó a la cita, o alguien equivocó el lugar en el tiempo y la espera en el amor de un niño. Y él debió haber llegado, pese a todo. Y como faltó, nunca más tuvo la oportunidad, y fué por eso que un día me levanté (no sin antes equivocarme), y nunca más volví allí. Yo hubiese seguido, pues aún con todo confiaba en él eternamente, aunque sin imaginar (ni siquiera por el instante fugaz de un sueño), su venida. ¡No podía concebir su figura recortada a la luz, ocupando un espacio abstracto, rotundamente negable!

Pero lo esperé, y es eso, sin lugar a dudas, el verdadero sentido (la implacable negación) que da firmeza a una esperanza, que un día se esfuma y desaparece para siempre con el soplar y entre el soplar del viento.

Comprendo. No era la luz, ni el frío, ni nada que fuese o pudiera ser llamado perceptible o terrestre. Era la irresistible fuerza de estar allí esperando algo que no era siquiera un acto, sino una espera, una simple espera de alguien que todas las tardes era partícipe de la negación, de la imposible venida del ser que otro viento recogió en otra tarde y llevó consigo como vacío, hasta que determinados ojos no vieron ni sintieron, pero adivinaron y fijaron para siempre un declinar, insostenible y fuerte, absoluto, imperecedero...

Volviendo mi rostro, a través de los altos cristales de nuestra ventana, empañados, a ratos por el viento invernal, a ratos por los profundos suspiros de mi pecho, dije:

—Mamá, está de más negarlo, papá se ha marchado definitivamente.

—Quizá, dijo ella—, hace tanto (en realidad sólo hace el mismo tiempo que tú has gastado para, no propiamente comprender esto, ni siquiera verlo, sino más bien intuirlo y vagamente lamentarlo o si quieres pronunciarlo, así, como tú sueles tan repentinamente hacer notar la falta de tantas cosas) que no le veo, que no se si afirmarte si él en realidad estuvo alguna vez entre nosotros, o si más bien nosotros estuvimos próximos a él, sin, desde luego, llegar a acercarnos totalmente. Pero claro que tu afirmación me trae su recuerdo, no su figura, sino tan sólo su recuerdo, su lugar, cualquiera que sea, en este mundo.

Y aproximándose a la ventana, a través de la cual llegaba, no el lejano viento, ni el atroz golpetear de los árboles en lo alto, si no el aire frío, seco, detenido casi espectralmente, agregó sin pegar su rostro a los cristales, sin intentar mirar lo que quizá pudiera acontecer siempre detrás de nuestra oscura, fría y empañada ventana.

—En realidad todo aconteció antes de niñez alguna. Es decir mucho antes que yo pudiese advertir que no es posible estar sola en el mundo, mucho antes que yo pudiese advertir que eso aconteciese sólo por un instante, un segundo o bien ningún tiempo, pero que al fin y al cabo aconteciese, tuviera temporalidad, ostencibilidad en el tiempo, y todo fuera a la vez desde luego innegable, como una cifra, que al fin y al cabo sólo es verdad en sí, es decir en el papel, en su representación vacua, exacta y absurda del mundo, pero que siendo nada, su propia existencia te demuestra no tu equivocación, sino la posibilidad errada hasta de tus más seguras convicciones. Y todo aconteció, pues, antes que tú mismo, antes que yo misma pudiese no verdaderamente evitarlo, sino precipitarlo, abismarlo sobre lo que ineludiblemente tendría de una manera u otra, fuera de todo sentido conexo, lógico, real, una inmanente existencia, una fuerza terrena, exactamente lo que el mundo o Dios mismo ha señalado y prefigurado como el destino, como lo que te espera, aunque verdaderamente nunca llegue a realizarse o a manifestársete con brutalidad tal, que las cosas del mundo suelen tener para la vida de cada hombre, de cada individuo que se arrastra, que ve imposible su propia realización del mundo, pero sin lo que, todas las cosas carecerían de sentido, de afán humano, hasta de eso que tú ya conocerás algún día, y, que sin saberlo, rechazarás identificando como felicidad, como realización del proyecto jamás concebido ni pensado, pero realizado, realizado nada más como nada, como suele ser, tan solo de repente en este mundo.

Mamá detuvo sus labios por un instante (quizá menos de lo que en realidad mis ojos pudieron percibirlo, es decir, que aunque no fué ni siquiera un parpadeo, empañáronse sus ojos como cuando alguien de repente, sin querer, siente un ligero y acalorado requemar en alguna parte de su ser, de su realidad, y advierte que hay algo entre los ojos levemente oculto, pero que si en verdad fué algo, esto pasó, no por la región de la nada, sino de lo que por acontecer fuera

del tiempo, ocupa el lugar exacto, el sitio que nunca antes fué ni olvidado ni remoderado) como si sólo fuese para tomar aliento, o bien hacer notar una breve e intangible pausa, en su incontrolable y profusa voz, para exclamar:

—¡Claro que tu afirmación me trae su recuerdo!

Yo estaba vuelto hacia ella, y a través de lo que jamás había sido para nosotros la resplandeciente luz de una ventana, no enmudecí siquiera, sólo repetí aquellas breves palabras que nunca alcanzaría a comprender plenamente.

El Perro

Roger Guerini
Panamá

Vine a conocerlo cuando asesinó a cuatro de nosotros entre los cuales estaba mi madre, me dijo Daniel. También me dijo que para entonces yo era muy niño y ladraba asustado y alegre a la vez cuando sonaban las detonaciones. Lo único de lo que tengo memoria fué su sonrisa silenciosa como la de un ídolo de bronce de cara ancha y lustrosa. Me dijo Daniel que entonces yo corrí, juguetón, hacia los cuerpos convulsos de ojos abiertos, desesperadamente abiertos casi sin comprender que la muerte se les acercaba y les iba nublando la vista bajo el sol isleño, lacerante y picoso del Trópico. Entonces, (me acuerdo), cuando sentí, de pronto, que habían muerto entre sus quejidos que se iban haciendo parte de esa tarde selvática y húmeda, como si nada, mientras me llegaba, junto con el viento del mar, el rumor de la costa y los reclusos iniciaban su regreso a las siembras y las gallinas picoteaban en el basural, sentí un miedo desconocido, y lanzando aullidos eché a correr hacia los pies del "Huilo" que se hacía el indiferente mientras desgranaba unas mazorcas de maíz al lado de un rancho viejo y deshecho.....

—Hay muchos perros— dijo el Capitán guardando la humeante pistola en el cinto... —Anoche uno se comió una gallina—..... (Esto que dijo el Capitán, Daniel se lo dijo al "Huilo").

Cuando el "Huilo" cumplió su condena le dijo a Daniel: "Cuídalo, es buen compañero. Me duele dejarlo, pero tu sabes que el barco parte mañana y no puedo llevarlo. Cuídalo del Capitán....". Entonces se bajó hacia mí que lo escuchaba, me acarició la cabeza y me dijo: "Cuídate tú también". Luego me dejó caer de sus ojos una agüita que yo me lamí y sentí que era salada como el agua del mar. Entonces lo seguí oyendo cuando decían que el Capitán abaleaba a los perros para no perder la puntería en las fugas de los reclusos.

Así llegó el día en que el "Huilo" debía regresar a su hogar. Recogió unos trapitos que le servían para cubrir su cuerpo enjuto y tostado del sol; se calzó unos trozos de llantas de autos que usaba a manera de zapatos y se colocó en la fila que formaban los reclusos que aguardaban, alegres y chistosos, el momento del embarque. Yo lo miraba y me quería ir con él como cuando nos íbamos de cacería al monte. Lo llamé largamente mientras el barco se iba alejando poco a poco por los lados de donde empezaba a llegar el día, un nuevo día igual, lento, desesperado y bestial en la isla.

Bueno, "Pulga" —me dijo Daniel— ...tu dueño se ha ido para siempre y no lo verás más a menos de que se deje coger de nuevo. Me levantó en sus fuertes brazos y me llevó a su choza. Yo me quería ir con el "Huilo". Me quería ir porque estaba triste. En ese entonces Nerón era tan pequeño como yo y se lo habían enviado al Capitán desde Panamá. Era un buen perro y bien alimentado sería fuerte. Eso se lo oí a unos reclusos la vez que la sobrina del Capitán desembarcó en el pequeño muelle y lo traía en sus brazos. Yo lo miré sonriendo con la cola y le ladré al grupo de nuevos penados que subían la cuesta, unos tras otros, hacia el campamento, con sus envoltorios de trapos y papeles bajo los brazos, indecisos, temerosos bajo las miradas de los guardias del penal y más que todos, la penetrante, fija y escrutadora mirada (horadando los gestos de las facciones de ellos) del guardian que gustaba de los homosexuales. Los demás reclusos saludaban a viejos amigos que

retornaban; otros indagaban noticias de la ciudad; otros les hacían bromas a los nuevos que miraban con ojos espantados a la selva, las chozas y los caminos hacia las siembras.

Yo miré de nuevo a Nerón en los brazos de aquella mujer, la única que mis ojos habían visto exceptuando la mujer del Capitán.

* * *

Cuando empezaba a anochecer me gustaba llegar a la loma desde donde contemplaba el camino por donde regresaban los reclusos cansados, sudorosos, inclinados hacia la tierra y vigilados por los guardias con sus fusiles al hombro.

—¡Ea, apuren el paso, coño, que ya'tamos llegando!

Entonces bajaba y me unía a mis demás compañeros que ya empezaban a recibir a los reclusos. Los recibían alegres destrozando el crepúsculo quieto que se desvanecía en la interperie maligna que extrae de los hombres (penados y guardias), extraños y desconocidos ánimos salvajes e inhumanos....Nuestros gritos prendían los cantos de los grillos que se prolongaban hasta el amanecer, cuando los gallos, junto con los gritos de los guardias, nos sobresaltaban de nuestros sueños intranquilos donde los hombres desahogan la furia de la carne y la desesperación del corazón en el largo camino de los días forzados, lejos de los habituados a las pobres alegrías de miserables humanos mirando hacia el mar, hacia los lados de la ciudad, de donde algunos, en la media noche, creían escuchar el ruido de la urbe hundida en los placeres vedados y en el desvanecimiento de la vida pobre, de la pobre vida.

Daniel dijo una vez, no recuerdo a quién, que yo estaba fuerte porque él era uno de los cocineros del penal y me tenía bien alimentado. Yo me la pasaba todo el día en el patio de las rancherías o correteando borrigueros por el monte.

Un día de octubre, cuando de los lados de Panamá nos llegaba el viento furioso y húmedo en medio de la hora la

"Chola" nos llamó con su olor para que la amáramos. Ella me ofreció su amor y el "Tigre" quizo disputármelo y me la gané en una salvaje lucha en la que hubiera perdido la vida el "Tigre" si no intervienen los reclusos que nos hecharon agua. Al otro lado del viento apareció la cara ancha de un guardián, desde la casa del Capitán y, gritó: "Dice el Capitán que qué bulla de perros es esa.."

—No es nada —gritó Daniel que había llegado atraído por el estruendo de la lucha..... Es que la "Chola" 'tá alborotá.

Al día siguiente, después que la detonación se fué desvaneciendo en el ámbito embravecido del viento desde el mar y en la selva gesticulante y bravía; y el Capitán se alejaba introduciendo la pistola en el cinto y decía desde su sonrisa de ídolo de bronce de cara ancha y lustrosa: "No conviene tantos perros en el Penal", yo me acerqué gruñendo a mis demás compañeros y me quedé largamente oliendo las entrepiernas de la "Chola" y llamándola con mis patas y con mi voz impaciente hasta que Daniel me haló por el cuello y me amarró a su cama de pencas de palma. Entonces yo me puse a llorar. Sí, me puse a llorar porque la "Chola" había hecho nacer en mí el presentimiento de algo infinito ribeteado por intuiciones de muerte y otra cosa extraña avasalladora como cuando uno tiene hambre. Mientras lloraba, unos reclusos, a mi lado, cantaban canciones de tristezas y congojas y el viento se llevaba sus palabras hacia las montañas oscuras e impenetrables.

Cuando estuve una semana con Daniel en el otro campamento ocurrió lo que después teníamos que saber: un martes, día en que la Dirección del Penal hacía la inspección de sanidad entre los reclusos, el Capitán bajó al campamento y traía, por vez primera, a Nerón amarrado a un collar. Los demás perros le salieron al paso, curiosos, olisqueándolo. El Capitán trató de apartarlos a puntapies pero ellos lo seguían. De pronto sus ojos se iluminaron, se agachó hacia Nerón y le soltó la cadena del collar, lo azuzó contra los demás perros y dijo fuerte y enérgico:

"¡Cógelo, Nerón. Cógelo!" Nerón se abalanzó, furioso, contra el grupo que lo seguía. La mala suerte le tocó al pobre "Terry" que se debatió inútilmente tratando de presentarle batalla y librarse de los poderosos colmillos aferrados a su cuello. Dicen que entre los aullidos de muerte de "Terry" se escuchaba la carcajada regocijada del Capitán que se desgranaba en golpes fúnebres y opacos y se resbalaba en los rostros petrificados, estatuales, de los reclusos que miraban en silencio como niños que ya empezaban a comprender (sumergidos en ese aspecto de vida que se les iba formando como unas costras sobre la piel y sobre las almas) a ese martes salvaje, insensible y lejano de vagas caricias de ternura y sed exasperante de amor, de cariño, de compasión.

Desde entonces fué la diversión principal del Capitán. Todos los martes bajaba. Desde temprano los reclusos escondían sus perros.

Y en la vorágine de aullidos y el temor, mientras la carcajada del Capitán lo llenaba todo (las miradas, los odios escondidos e indefensos) quedaba la muerte, el temblor de la muerte ascendiendo hacia el firmamento indiferente, manchado de nubes que empezaban a anunciar las lluvias.

Daniel me mantenía escondido del Capitán y se las arreglaba con los guardianes para mantenerme oculto.

Cuando Nerón dejó moribundo al perro viejo de Sicomoro que ya tenía diez años de purgar su pena, él, (Sicomoro), después de contemplar la desigual batalla, aterrado, trémulo, se arrojó llorando sobre el cuerpo de su único compañero en esos diez años de soledad, de adaptación a una atmósfera de sobrevivencia avivado por la esperanza. Nerón se acercaba al Capitán, el hocico sangrante, victorioso, recibiendo la recompensa de la caricia y la carcajada que ya se desvanecía. De pronto, Sicomoro, loco de dolor, tomó una piedra para arrojársela a Nerón pero el Capitán, lanzándole una furiosa mirada le gritó salvajemente: "¡Cuidao que te abaleo si le tocas un solo pelo!"

El brazo bajó lento y la piedra cayó sobre el barro endurecido y allí quedó hasta esa noche cuando desde la puer-

ta del rancho de Daniel observaba el ir y venir de Sicomoro cargando latas grandes de arena como castigo. La piedra amaneció en el mismo lugar cinco horas después que se escuchó el último lamento de su perro moribundo en la zanja del basural.

Yo había visto a Nerón y no le temía. Cuando lo oía luchar trataba de romper el cordel que me sujetaba a la cama de Daniel para intervenir en la lucha. Es cierto, no le temía, y eso ya lo sabía antes de que el guardia se lo dijera a Daniel y antes de que yo comprendiera por qué el Capitán no me abaleó cuando le clavé los colmillos en el cuello a Nerón y le mordí la mano a Daniel.

Lo comprendí una vez que Daniel le dijo a "Cara 'e Vieja" mientras se emborrachaban con levadura fermentada en agua de coco cómo la sobrina del Capitán se le acercaba en la Cocina y le decía: "¿Verdad que me queda bien este traje?" y él le decía: "por favor, señorita, apártese de mí que me puede meter en un gran problema".

Un día Daniel me llevó a la Cocina, el Capitán estaba de visita en otro campamento y él quizo llevarme para que paseara y me divirtiera. Yo me eché bajo la mesa de amasar pan. Había dispuesto terminar con la mosca necia que me daba vueltas en la cara y no me dejaba dormir cuando ella, la sobrina del Capitán, entró mirando a todos lados como para cerciorarse de que Daniel estaba solo. "Daniel", oí que decía con voz tierna y dulce....."Yo quiero ser tuya. Yo sé que tu también me deseas. Soy la única hembra en este lugar y vuelvo locos a los hombres. Cómo adivino los deseos bestiales en las miradas furtivas de esos hombres barbudos que tiemblan como animales cuando a propósito les rozo sus pieles duras y ásperas. Pero tú eres distinto: fino, limpio, hermoso........."

"Señorita" dijo Daniel casi fuera de si.."¡Por favor... Su tío es capaz de matarme!"

"No hay nadie" dijo ella. "Nadie nos verá"

"Señorita" suplicaba la voz de Daniel. "¡Apártese de mí ....! ¡No me acaricie así el cuello...! ¡Me mata...me mata, por amor de Dios!"

"No hay nadie" dijo ella. "Nadie nos verá".

"No soporto, señorita......¡Que me maten!"

Entonces, de un brusco movimiento, logré cazar la mosca que se descuidó y se puso ante mi hocico. Mientras la masticaba, los miré a ellos, tirados, como yo, sobre la tierra.

* * *

—No he matado a tu perro— le dijo el Capitán a Daniel —por la consideración que te tiene mi sobrina y por lo bien que sabes cocinarme a mí y a los demás oficiales cuando están de visita. Mi sobrina dice que le has enseñado mucho de cocina. Pero me quitas ese perro de mi Campamento porque cuando lo vea lo mato.—

—Está bien mi Capitán— dijo Daniel—...Si Ud. me dá permiso lo trasladaré a otro campamento.

Y no hablaron más, me dijo Daniel.

Una mañana nos fuimos. Yo iba alegre y él también porque le faltaba una semana para pagar su condena. Cuando me cansaba de corretear a las mariposas me llegaba a él y le lamía la mano donde estaba la herida reciente de mis colmillos.

"He sido informado, (le había dicho el Capitán) de que tienes un perro. Te voy a ser franco: quiero verlo pelear con Nerón...."

—Mi Capitán— dijo Daniel en un tono casi implorante...— yo creo que no es necesario. Nerón vencería fácilmente.....y además mi perro ha sido un fiel compañero... Ud. sabe, mi Capitán, uno, tan solo....le coge cariño. Conversa con ellos. Amamos en ellos los seres queridos y lejanos. Los amamos en sus fidelidades.....

—Tráigalo— dijo el Capitán.

—Mi Capitán, por favor, Nerón lo va a matar.

—¡Tráigalo he dicho!

Yo dormía al lado del lecho de pencas cuando la voz

de Daniel me despertó:

— ¡Párate, vas a tené que peleá como un varón. Ha llegado la hora que tanto he temido!

Sus manos me frotaron los costados para entrarme en calor. Al llegar al patio Daniel me dijo en voz baja pero enérgica, como un mandato:

—¡Cógelo, Pulga, cógelo!

Ya Nerón se me venía encima azuzado por la voz del Capitán. Se me venía a todo galope, aguerrido, dando fuertes ladridos que hubieran amedrentado a otro que no fuera yo, porque lo esperé fijando mis cuatro patas en la tierra listo para el encontronazo. El no esperaba aquello. Acostumbrado como estaba a ver huír a sus contrarios, titubeó un segundo que yo aproveché para darle la ofensiva. Perplejo, me dió sus posaderas para repeler el ataque imprevisto, lanzó varias dentelladas a los lados y echó a correr para librarse de mí. Yo no cejaba aprovechando mi posición ventajosa. Si me descuidaba me haría frente. En un momento le aferré una de las patas traseras y sus gritos de rabia se transformaron en aullidos de dolor. Tiró el hocico hacia atrás para librarse de mis colmillos pero con tan mala suerte que yo aproveché para atenazarlo por el cuello. Estaba en mi poder. El se echó al suelo para librarse con su peso y hacerme perder el equilibrio pero yo lo apreté aún más hasta donde pude. (Yo no oía nada. Dice Daniel que se cansó de llamarme para que soltara a Nerón y el Capitán no me matara.) En un momento creí, ciego de furor, que se me había soltado y me atacaba por detrás y, teniéndolo bajo mis dientes lo solté para repeler el nuevo ataque y lo atenacé de nuevo, pero entonces, cuando sacudí, ví que era la mano de Daniel la que tenía entre mis dientes....."

Cuando llegamos al otro campamento conocí a Julián Flaquito. Me acarició cariñoso y me dijo con dulce voz: "Seremos buenos amigos tal como lo soy con tu dueño que ahora se va".

Daniel me besó la boca y se fué como el "Huilo". Yo

lo ví cuando iba solitario por el camino. Lo llamé a grandes voces y no me volteó a ver. Julián Flaquito trató de consolarme y me amarró al tronco de un viejo laurel cicatrizado con nombres de mujeres y fechas grabadas por los reclusos.

En este momento empezaba a anochecer..............

Otra Vez, Pueblo

Eustorgio Chong Ruiz

Panamá

GOYO PEÑA ha vuelto al pueblo.

Viene de las sombras, vencido.

Monta un brioso caballo negro. Su cuerpo cae doliente sobre la silla plateada que se ajusta al lomo del animal. Goyo Peña es tristeza. También su caballo. . .quizá, al comprender el dolor del amo, camina lento, perezoso.

Hombre y bestia dialogan con el silencio y los recuerdos. De lejos, en el mediodía caluroso de marzo, llega una saloma cansada, untada de sudor, olorosa a tierra.

". . . . .un hombre se encuentra aquí,
quien le va a responder. . . . ."

Goyo Peña levanta la cabeza, se yergue sobre la silla, llena de aire los pulmones, va a contestar la saloma pero se detiene.

". . . . .es de por aquí, del Capurí,
y nada tiene de mujer. . . . ."

Desea que su llegada sea ignorada, silenciosa, íntima.

Contempla aquellos campos que le son tan queridos: . . Ahí está el caserío: pueblo de infancia, de adolescencia, de hombre.

". . . .Amada tierra, querida,
pedazo del corazón. . . . ."

El pueblo: calles torcidas, polvorientas, empedradas y, portales anchos, multicolores. Con sus mujeres laboriosas, exhuberantes, olorosas a caracuchas, a tomillo y verdolaga.

Mujeres alegres como la cumbia, como las salomas, como el tamborito. Hombres valerosos, osados, decidores; pero atados, desde los vientres fecundos, a la tierra.

"....te dedico esta canción,
y te entrego mi vida........"

La Iglesia y el padre Mingo; el cementerio, sus cruces y sus silencios; la cantina del Mocho Aguilar y los billares; la tienda del Chino Miguel y las yapas de confites, melcochas y cabangas.

¡Pueblo de infancia!

La zapatería de Fausto, el lorito parlanchín de la Niña Susana, el matadero, la plaza del mercado, los chiqueros y, las huertas, sementeras floridas, bravías.

Goyo Peña chalanea el caballo: resuenan los cascos en el filo de las piedras y se desperezan los interrogantes.

— ¿Será o no será? Hummmm....

— ¡Es él! ¡Lo recuerdo bien... es él..¡

— ¡Si, es él..!

— ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

Y, otra vez la tonada: sentida, lejana, corazón muy adentro.

".....Amada tierra, querida,
te dedico esta canción......"

Su pueblo del alma, arrellanado a la orilla del río con ese manojo de casucas y techumbres que se proyectan, como nidos de ensueños, en el lienzo de un cielo sin nubes.

Los ojos del caminante se llenan de lágrimas: las va secando, muy lento, el sol del medio día.

— ¡Es Goyo Peña!

— Que le avisen a Manuelito.

— ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto Goyo Peña!

— Andavéte al potrero corriendito y decíle a Manuelito que llegó el hombre. ¡Apuráte, muchacho !

— ¡Es Goyo Peña!

— ¡Si,'tá más viejo, pero es él! ¡Lo recuerdo bien....si, es él!

— ¡Ave María Purísima!

Las palabras se mascullan, tienen miedo, tienen tintes cárdenos. Las empuja el viento en augurios tétricos y se escabullen por las calles amodorradas, golpeando puertas y ventas, rumbo a los esteros.

— ¡Es Goyo Peña!

— ¡Jesús, María y José!

De nuevo el silencio, la saloma lejana y los recuerdos.

Imágenes en luz y sombras, en bajo relieve, en desorden.

"....Tierra querida, hermosa.
patria del corazón............"

Imágenes: dolidas, borrosas, acuclilladas.

Imágenes.

* * *

— ¡Que viva San Juan de Dios!

— ¡Que viva el Santo Patrono!

Hay fiesta en el pueblo: careos de gallos, función, palos ensebados, carrera de caballos, lidia de toros, procesiones, rogativas, rezos largos, cumbia, pindín, fuegos artificiales. Fiesta en el pueblo: guitarras, versos, salomas saltarinas que enhebran ansias y anhelos.

— ¡Que viva el Patrono!

— Adiós, corazoncito de oro...

Goyo Peña ama intensamente a una mujer: la desea.

— "Juventina...Juventina"

Y, hay fiesta en el pueblo. La oportunidad está allí, en un recodo de su vida, aguaitándolo para hacerle felíz. El optimismo crece y se desborda en filigranas doradas por su alma y los sentidos porque ya él se lo había prometido a sí mismo, a su instinto.

— "Juventina tiene que ser mía. Mía, la víspera de San Juan de Dios".

¡Es víspera de San Juan de Dios!

De todas partes llegan los pobres, los lisiados, los tarados, los humildes y los mansos de corazón para reverenciar al patrono de los desamparados.

Pero Goyo Peña es indiferente al dolor de los demás.

Indiferente a los enfermos crónicos, desahuciados, esqueletos vivientes, mugrosos, abandonados a su suerte, condenados al martirio, por la desidia, por el egoísmo y el miedo. Hombres que se aferran a la vida, como una protesta, en espera de la purificación, de la redención.

— ¡Que viva San Juan de Dios!

— ¡Que viva el Patrono!

¿Qué importa a Goyo Peña un ciego, un tarado, un hambriento? Nada. Nada. Nada. Porque él mismo está ciego de amor; tarado por una pasión incontenible que es como una espina de algarrobillo clavada en los sentidos y que le lastima muy hondo, el alma; es como un río crecido que todo lo anega y que a todo desafía. Y, tiene hambre. Hambre de cariño y de besos.

Cavila:

— "Juventina será mía esta noche. Tiene que ser mía."

Debe cumplir.

Es hombre: tiene que cumplir.

Sus pasos, sus pensamientos, sus angustias e inquietudes se confunden con las voces de vendedores anónimos que se vuelcan en devaneos estruendosos por los vericuetos del pueblo.

— Incienso. Incienso para el patrono, a real el paquetito. Incienso. . . .

— Velas. Velas.

El hombre camina por la plaza llena de voces y pregones, engalanada con banderitas irisadas y faroles de papel.

— Una limosna, por el amor de Dios. . .

— Dulces. Dulces amasados con agua bendita por la Niña Nita. Dulces.

— ". . Si el Patrono me hace el milagro, el otro año le traigo una novilla. . ."

— Incienso y velas. Incienso. . .

Le ahoga el humo de los fuegos artificiales; le intranquiliza la sonora alegría de las campanas y el inquieto detonar de montantes, buscapié y voladores.

— ¡Viva San Juan de Dios!

— ¡Viva el patrón de los pobres!

La plaza, frente a la Iglesia, es hormiguero alucinante de vida, reverbero de esperanzas.

—'Tá las manos, Goyo.

— Resbaladera fresca, a real el vaso. Resbaladera. . .

— ¡Adiós, Goyo! Saludos a mamita Tomasa. .

Voces y saludos inconexos que aumentan la ansiedad del pretendiente.

— ¡Vea, Goyo, el lunes le traigo el almú de maí!

— ¡Cuando guste, compadre!

— Resbaladera fresca, a real el vaso. .

— Figúrese, compadre. Vengo a pagar una manda. El Santo me curó a la Paulita y mala que 'taba, le digo. . .

— ¡Carimañolas y salchichas!

— Adiós compadre Chilo. .

— Dulces. Dulces amasaó con agua bendita por la Niña Nita ! Dulces

— ¡Carimañolas y salchichas !

Se detiene bajo un farol.

Enciende un cigarrillo: aspira ansioso. Se deshace el humo y la difusa certidumbre del encuentro.

— ¡Juventina!

— Helados. . . Helados de coco y vainilla. Helados. . .

Junto a la vendedora de dulces y raspados, está la mujer. Saborea un merengue y sonríe complacida a los piropos que, como pétalos de ilusión, se prenden de sus caderas y sus senos y sus cabellos al viento.

— Adiós, vidita, ojitos de la montaña. .

— Incienso. . . Incienso. . .

— Mujercita linda, veníte conmigo pa'que alumbres mi alma !

— Carimañola y salchicha.

Goyo la mira por un instante. Las ideas acuden a su mente en torrente incontenible para deshacerse en los labios temblorosos. Suda. Flaquea. La aventura pone un hilillo friolento en todo el cuerpo y le hace estremecer.

La muchacha, al verle, sonríe complacida.

— Goyo, ¿Cómo estás? ¿Sabes? T'esperaba.

— Juventina, Juventina, palomita mía..

Ella baja la vista; él recobra su hombría

— Resbaladera fresca, a real el vaso. Resbaladera...

Juntos caminan entre la algarabía, el repicar de campanas y el retumbar de los fuegos artificiales que dibujan arabescos de ilusión en un cielo claro lleno de estrellas que ríen a carcajadas.

* * *

Goyo y Juventina.

Van juntos: los une la vida.

La mujer se contonea amorosa; el hombre graba en sus oídos y en su alma palabras de esperanza. Ella sonríe con las estrellas y la luna; él la lleva hasta su casa.

— ¿Te gusta mi rancho, amor? ¡Es tuyo!

Busca en sus faldriqueras una cajetilla con fósforos. Enciende una guaricha: una luz mortecina, borra las sombras, dibuja objetos. Colgados a una horqueta, un machete, una tula y la cebadera. En un rincón, un fogón de tres piedras, una enjalma, dos aguaderas, una mesa y un tinajero. Más allá, bajo la ventana, una barbacoa, un petate y la esterilla.

— Está muy solo el rancho, Juventina. Es porque faltas tú.

— Goyo...

A la luz de la guaricha, la ve ansiosa, grácil, menuda y sin embargo, apretada y maciza. El cutis terso, los labios jugosos, los ojos vivos, los cabellos negros como la noche y los senos galanos, henchidos de vida.

Mira hondo: no dice palabras.

La atrae a su pecho para dejar un beso tierno, lozano, fresco, sobre la frente, los ojos, la boca y el cuello.

— Juventina....Estás aquí...Aquí...

— Te quiero con toda la vida, Goyo..

Se acuclillan las sombras. De lejos llegan ladridos de perros inquietos, cervales, y el eco de cascos desbocados rumbo a los abrevaderos.

* * *

Imágenes.

Tan sólo, imágenes.

Detiene la marcha del caballo. El recuerdo le obliga a volver la cara y mirar: los mismos portales con sus tumbadillos y las canicas; los trompos, la rayuela, las pepitas de marañones cambiadas por cometas irisadas y panderos conquistadores de infinito; las bicheras en las huertas del negro Eladio...las jaulas de birulí, cárceles doradas para bimbines, piquigordos y chuíos... La doctrina sabatina y los regaños del Padre Mingo.

¡Pueblo de niñez, de adolescente, de hombre!

Y, las mujeres: Petra, Andrea, Gumercinda, Jabita, Juana, Anita, Micaela, Mercedes, Susana... Mujeres olorosas, rollizas, deseadas. Y, sus amigos: Eufemio, Jacinto, Marcelino, Encarnación, Miguel, Eudocio... Y, aquellas tardes de función, de "coleo" de novillos, de salomas viriles, de pindín y cumbia.

— ¡Es Goyo Peña!

— ¡Es él!

— ¡Adiós, compadre!

La vista se le va, camino del río, en busca de aquel rancho en que se acunaron esperanzas.

Su caballo parece comprender: voltea también el cuello, alarga la cabeza para mirar atrás. Resopla. Relincha. Babea.

Y,
las imágenes,
en oscuro, en gris, en blanco y negro.

* * *

Goyo y Juventina: copla, saloma, versos.

"....Yo muero mujer por tí,
pues no puedo ni un momento,
borrarte del pensamiento
desde el día en que te ví............."

Goyo y Juventina:
herraje de dos piezas para sustentar la vida.

* * *

En el pueblo Goyo se había enterado de que Juventina andaba de amores nuevos. ¿Se había cansado de sus besos, de su cariño, de sus palabras?..

— "Juventina, Juventina...tendremos muchos hijos ! ¡Ya me parece estarlos viendo, así mismo, como yo, salomando al viento! Serán retoños, esperanzas".

El amor en ella fué un capricho, un deseo, un juego quizá. Pero no en él. La tenía enraizada en el corazón, en las entrañas.

Goyo y Juventina:

goznes abiertos por la duda.

* * *

— "..Tu mujer te engaña, Goyo. Te engaña con Antonio... Te engañan..."

Antonio es el hijo de Máximo. Antonio estudia para abogado y vive en la Capital. Antonio es su amigo de infancias. Juntos cazaron bimbienes, iguanas y torcasas. A un mismo tiempo salomaron al viento, domeñaron bestias endiabladas, retozaron en el río y se hicieron hombres. Juntos habían ido a la doctrina del Padre Mingo: "Amaos los unos a los otros"; aprendieron las mismas palabras: "El que a hierro mata, a hierro muere.."; y, repitieron el mismo mandamiento: "No desearás la mujer de tu prójimo". ¡Antonio era su amigo !

— "... Tu mujer te engaña, Goyo. Te engañan...."

Antonio no debe, no puede.

Antonio es su amigo.

— ¡"...Te engañan con Antonio, el hijo de Máximo....! ese que estudia en la Capital..."

Goyo y Juventina.

Juventina y Antonio.

Los vió una noche, camino a la quebrada. Los sintió juntos, los oyó reír, los supo enlazados.

Antonio y Juventina.

¡Esa noche fué en busca del hombre a la cantina!

— ¡Defiéndete si eres hombre !

— ¡Goyo!

Brilló la luna en las hojas de acero.

El filo, severo e implacable, vengador silencioso, hurgó el alma, el corazón y las entrañas.

— "¡Con los hombres no se juega !"

Después, cegado aún, buscó a la mujer. Ya no razonaba: era dolor y muerte; era corazón herido. Le crispaban las manos, el cuerpo vibraba aterrador.

La mujer salió al portalete.

Bisbiseó:

— Goyo.....

— Juventina...¿tú me quieres?

Y, la mentira tremebunda en los labios carnosos, rosados, excitantes.

— Con toda el alma, Goyo. Para siempre...

La estrujó entre sus brazos.

Besó largo, la boca y los ojos y la frente.

Sus manos, garras, espinas, cuchillos, se aferraron al cuello apretando, apretando, apretando....

Ojos infantiles, inocentes, fraternos, recogieron el dolor y la agonía;

y, el corazón lozano, tierno, cándido como alas matinales, sorbió el llanto, hizo una promesa e intentó salomar.

* * *

— ¡Es él, Goyo Peña!

Ha vuelto de las sombras.

No es el mismo; pero ha vuelto.

— "¡Goyo Peña, asesino!"

No es el mismo.

— "¡Goyo Peña, asesino. Asesino!"

A sus oídos acuden aquellas voces. Esas voces largas, que no ha podido silenciar en diez años. Esas voces en eco, en lamento obsesionante, en rebencazos que fustigan su cara, su cuerpo, su alma. Esas voces, en rumor de mar creciente, en tic-tac de reloj, en lluvia perenne. Esas voces.

— "¡Asesino!"
— "¡Asesino!"
Ha vuelto de las sombras:
no es el mismo y, sin embargo, ha vuelto.
Sabe que la gente no olvida, no perdona, no comprende.
Hay la memoria colectiva:
Goyo... Juventina... Antonio... Manuelito... Juventina.
— ¡Si, es él, Goyo Peña !
— ¡Ha vuelto el hombre !
— ¡Santo Dios ! ¡Satanás, apártate !
¡Existe el desdén colectivo!
¡Pueblo de hombres!
— Te esperan, Goyo Peña. Te espera Manuelito: tiene un machete.
— "...Juventina, Juventina...Palomita mía...."
— "...Para siempre, Goyo. Te quiero para siempre..."
— ¡Es él! ¡ 'Ta más viejo, pero es él..
— ¡El guapo!

Espolea el caballo. Hay un relincho dolido y unos pasos picados en carrera sin rumbo.

Y, huye.

Después de haber matado, ya no hay vida nueva, no queda nada. ¡Se tiene muerta el alma!

Huye. ¿A dónde? ¿Por dónde ?

¡No lo sabe!

Quería sentir el beatífico silencio del pueblo, recorrer los vastos caminos interiores del recuerdo, encontrarse a sí mismo, volver a soñar. Necesitaba ver otra vez al pueblo, huir después. Pero no es fácil. El hombre es pasado: añoranza, destino y, no se puede huir de uno mismo. ¡No se puede!

— ¡Es él, Goyo Peña!

Va donde lo lleve su caballo compañero para no regresar jamás; para vivir, aunque muerta la ilusión, donde no lo compadezcan jamás.

* * *

A la salida del pueblo, lo cruza un jinete.

— ¡Oiga, Goyo Peña... Lo 'taba esperando!

La voz es fuerte, juvenil, decidida. Le detiene de golpe.

— ¡Lo 'taba esperando, Goyo Peña!
¡El hombre es destino....!

* * *

Bocetos:
Imágenes, perfiles en carbón.
Llantos y rezos: imágenes en amarillo y negro.

Y, las campanas que doblan a muerto; y, el viento que repite los llantos por el pueblo, los montes hirsutos y los abrevaderos.

* * *

Por el camino real, cabalgando en silencio, contra el oro gris de la tarde tinta en violeta, va Goyo Peña.

Dicen que es un alma en pena.



Impresora LA UNION, S.A. EL SALVADOR, C.A.